

Canal de Suez. — Tren de barcos de carbon pasando de Ismailia á Suez.



les que constituyen la esencia misma de la vida doméstica, y tampoco se halla nada que prepare á la existencia rural, base verdadera de la familia y de la riqueza pública.

Este vacío puede llenarse fácilmente. La baronesa de Pages, que se ocupa de cuestiones agrícolas, acaba de trazar un plan de educación para las jóvenes pobres, que sería el complemento natural de las otras instituciones que ya existen.

« La mayor parte de estas instituciones, dice la baronesa de Pages en su programa, tienen por objeto proporcionar á las jóvenes pobres un acceso fácil en las artes, la industria ó el comercio; pero con esto mismo las abren el camino de las seducciones, las decepciones y la falta de trabajo, que á cada instante pueden destruir sus esperanzas, y entregarlas sin defensa á la adversidad, que es siempre una mala consejera.

» Ahora bien, ¿no podría fundarse al lado de estos establecimientos cuyos beneficios corresponden mas directamente á los intereses secundarios de la sociedad, que á sus necesidades positivas, un Instituto agrícola, consagrado á formar labradoras y sirvientas de granja? En el grande ejército de las mujeres, no sería esta la escuela del oficial, sino la del soldado; pero la del soldado modelo, instruido, enérgico y disciplinado, dispuesto á todo y seguro de vencer siempre á la pereza, la rutina y la ignorancia.»

En este orden de ideas la baronesa de Pages propone el siguiente plan para la fundación de este Instituto agrícola:

« Se prepararían en una dependencia de alguna granja modelo ó de un dominio imperial, las construcciones y terrenos convenientes para la administración y demás de esta fundación, que debería instalarse á corta distancia de París para que estuviera al alcance de todos los socorros oficiales y científicos, como también de las salidas favorables para la venta de los productos...

» La dirección se confiaría á una mujer casada que residiría allí con su marido, y habría religiosas encargadas de la instrucción espiritual y moral, de la vigilancia incesante y de los cuidados necesarios á las alumnas. Las diversas partes del programa correrían á cargo de profesores especiales. Las alumnas se elegirían entre las jóvenes mas sanas y robustas de las casas de huérfanas y, á título de recompensa, en las familias de antiguos soldados y de servidores de la nación.

» La enseñanza comprendería todos los elementos propios para formar buenas labradoras y aldeanas instruidas, al corriente de todos los progresos de la economía doméstica y de la ciencia agrícola, y también podrían ejecutar obras manuales retribuidas. — Una parte de estos beneficios serviría para constituir las un dote en capital, que unido con

formó causa á nombre de la joven: la jurisprudencia inglesa no reconoce ministerio público.

Con arreglo á lo que la ley dispone, Clotilde Kriggs debió comprometerse á continuar el proceso y á presentarse el día de la vista para sostener la acusación, esto bajo la garantía de cuarenta libras esterlinas.

Empero conforme la joven fué recobrando las fuerzas y la salud, recuperó igualmente el amor que profesaba á su prometido esposo, no pudo decidirse á acusarle ella misma, y queriendo evitar una declaración que habría costado la vida á Federico, se alejó del país.

Esta generosa resolución hizo que Walkings fuese condenado únicamente á veinte años de cadena.

Clotilde Kriggs regresó la semana última á su país, si no dichosa, al menos felicitándose de su determinación; pero la justicia no toma en cuenta las razones amorosas, y citada ante el Tribunal del Echiquier para justificar su ausencia, la notificaron que debía pagar las cuarenta libras esterlinas que se comprometió á entregar en el caso que abandonara el proceso.

Demasiado pobre para hacer este pago, fué presa, y habría expiado con un largo encierro esta última prueba de cariño dada á su indigno amante, sin el espíritu de generosa iniciativa á que nos referimos al principio de esta historia.

Un periódico de Londres señaló al público la triste situación de la joven, y el día siguiente el mismo periódico insertaba dos cartas escritas por dos gentlemen, que enviaban cada uno una libranza de cuarenta libras para pagar las deudas de Clotilde Kriggs.

Volvamos ahora á París, donde tenemos diversas anécdotas que reclaman la publicidad de la crónica.

En primer lugar, los diarios parisienses han señalado estos días el fallecimiento de un millonario que ha terminado su vida en la mas completa miseria.

Este desventurado, que se llamaba Anastasio Pasquet, y habia llegado á la avanzada edad de setenta y ocho años, vivía hacia mucho tiempo en una guardilla de la casa número 314 de la calle de Saint-Honoré, y aunque le pasaba su familia residente en el Havre una pensión anual de mil francos, gastaba apenas lo mas preciso; él mismo se hacía sus comidas, y no admitía jamás á nadie en su vivienda, en la que solía quedarse encerrado hasta tres y cuatro días seguidos.

Ahora bien, una de estas mañanas el cartero tenía que entregarle una carta certificada, y habiendo subido á la guardilla, llamó vanamente á la puerta. Informado el portero de lo que pasaba, recordó que no habia visto al anciano hacia muchos días, y habiendo mandado descerrajar la cerradura,

mos de oro puro, que á razón de 3 francos el gramo, valen 5.475,000 francos. Relativamente los cementerios de París son pues otra California, y así lo consideran los autores del proyecto en cuestión, que repetimos, ha sido explanado seriamente en el susodicho periódico.

Esta vez tenemos que señalar á nuestros lectores una novedad teatral de alta importancia, como lo son todas las producciones del académico Emilio Augier. La nueva obra se titula *Pablo Forestier*, y en ella plantea el autor la cuestión de saber cuáles son los derechos de la mujer abandonada por el hombre que olvida sus juramentos, y hasta sofoca las inclinaciones de su corazón por un casamiento de conveniencia. El asunto es delicado en verdad; veamos cómo M. Emilio Augier ha salido de su empeño.

Pablo Forestier es un hombre casado que tiene por amigo un corredor de aventuras, Adolfo de Beaubourg, el cual llega de Italia, donde ha tenido una intriga con una mujer, que despues de haber cometido la falta, se niega á recibirle.

Adolfo de Beaubourg vuelve á encontrar en París á esta mujer, que ha sido la querida de Pablo, llamada Lea, y que él abandonó, primero porque se creyó abandonado de ella, y luego por obedecer á su padre, que le impuso un casamiento de interés con la joven Camila.

Cuando Pablo Forestier sabe todo esto por boca de su amigo, prorrumpe en imprecaciones contra la mujer á quien ama todavía con delirio. Lea, al cometer su falta, quiso vengarse de él; enamorada y celosa se entregó á un cualquiera, habria atentado á sus días en aquel momento tan terrible para ella en que su amante se casó con Camila; pero á pesar de esta confesión de su amor y de su flaqueza, Lea rechaza al esposo cuando él la promete vivir solo para ella, y queriendo establecer entre los dos una eterna valla, concede su mano á Adolfo de Beaubourg, con lo cual Pablo Forestier no tiene mas que hacer que arrojarle á los pies de su joven esposa para pedirle que le perdone.

Tal es en sustancia la fábula cuyo desenlace, brillante defensa de todas las virtudes que constituyen la felicidad en el hogar doméstico, sirve de salvo-conducto á las narraciones de aventuras escandalosas, los pensamientos osados, las situaciones, digámoslo claramente, de una inmoralidad bien acentuada que componen el fondo verdadero del argumento.

La versificación, como de Emilio Augier, esto es, inimitable, y la ejecución que es perfecta, sobre todo por parte de la protagonista Mlle. Favart, aseguran á *Pablo Forestier* una larga serie de representaciones.

MARIANO URRABIETA,



un incidente; cuando está dicho todo lo que puede decirse sin escándalo, el orador suelta su reserva, y da el gran golpe, el golpe de gracia. Hay ruido y llamamiento al orden, pero lo dicho, dicho se queda.

Siempre despues de un incidente se lee en el *Moniteur* esta mención:

« M. X... pronuncia en medio del ruido algunas palabras que no llegan hasta nosotros. »

Thiers y Jules Favre pronunciaron el año último palabras que han quedado inéditas.

Los incidentes nos conducen á este otro capítulo:

RUIDO, INTERRUPTIONES.

Mucho habria que escribir para hacer algo completo en este punto. Sin entrar en pormenores, nos limitaremos á distinguir las diversas clases de ruidos.

Muy numerosas son, y haremos de ellas dos grandes divisiones: el *ruido aprobatorio*, y el *ruido de descontento*.

El primero se gradúa así: ¡Muy bien! en muchos bancos. Aprobacion. Viva aprobacion. Aplausos. Vivos aplausos. Aplausos repetidos. Salvas de aplausos y exclamaciones.

Todas estas manifestaciones, salvo la primera, se aplican exclusivamente á las mayorías. Esto ha sido, es y será mientras haya asambleas, pues las minorías, á todo lo mas que pueden aspirar es á los *Aplausos en muchos bancos*. En cambio están acostumbradas á oír los *Murmillos*, *reclamaciones*, *rumores prolongados*. Luego tienen en contra ¡*La votacion!* ¡*La votacion!*

La votacion es para las mayorías un arma, una defensa, un refugio.

Hay dos casos distintos en que se reclama necesariamente la votacion ó el fin de la discusion: cuando un opositor quiere profundizar demasiado una cuestion delicada, ó cuando, agotada ya una deliberacion, un orador que pasa por buen retórico sube á la tribuna con un manuscrito de treinta páginas. Hay momentos en que esta aparicion asusta. Si yo fuera gobierno, ten-

dria de reserva algunos defensores de esta clase que enviaria á la tribuna con su manuscrito en la mano, cuando desease la conclusion de una discusion cualquiera.

El cuchillo de cortar papel es un arma que se emplea con frecuencia. Los que tienen hoy los diputados son muy sólidos. Los veteranos de la casa cuentan que en

Es un arma terrible. El mismo Estentor en carne y hueso no lograria concluir una frase, aunque fuese tan corta como un telegrama, si veinte honorables se empeñasen en llevar el compás con los cuchillos. Por esto las mayorías hacen mal en servirse de él, pues las minorías pueden desquitarse... Quien á cuchillo mata...

Esto se vió no hace mucho tiempo.

Una inspeccion minuciosa de los pupitres suministraria preciosas noticias acerca del uso del cuchillo. En ciertos puntos la caoba ofrece cicatrices que revelan un inquilino feroz, pero de unos brios francos osados que tocan á votar lo mismo contra la oposicion que contra el misterio. En otras partes la madera tiene intacta su superficie, pero la parte de debajo del banco parece hecha astillas. El cuchillito de este lugar es un cazurro.

Cuando pega con la punta de la hoja, el cuchillo quiere decir: ¡Adelante! De plano ó con el filo á golpes rápidos, pero poco numerosos, reclama silencio, y con el mango de plano significa: Basta. Por último, con el mango á golpes perpendiculares, quiere decir: Es demasiado.

J. DE V.

(Se continuará.)



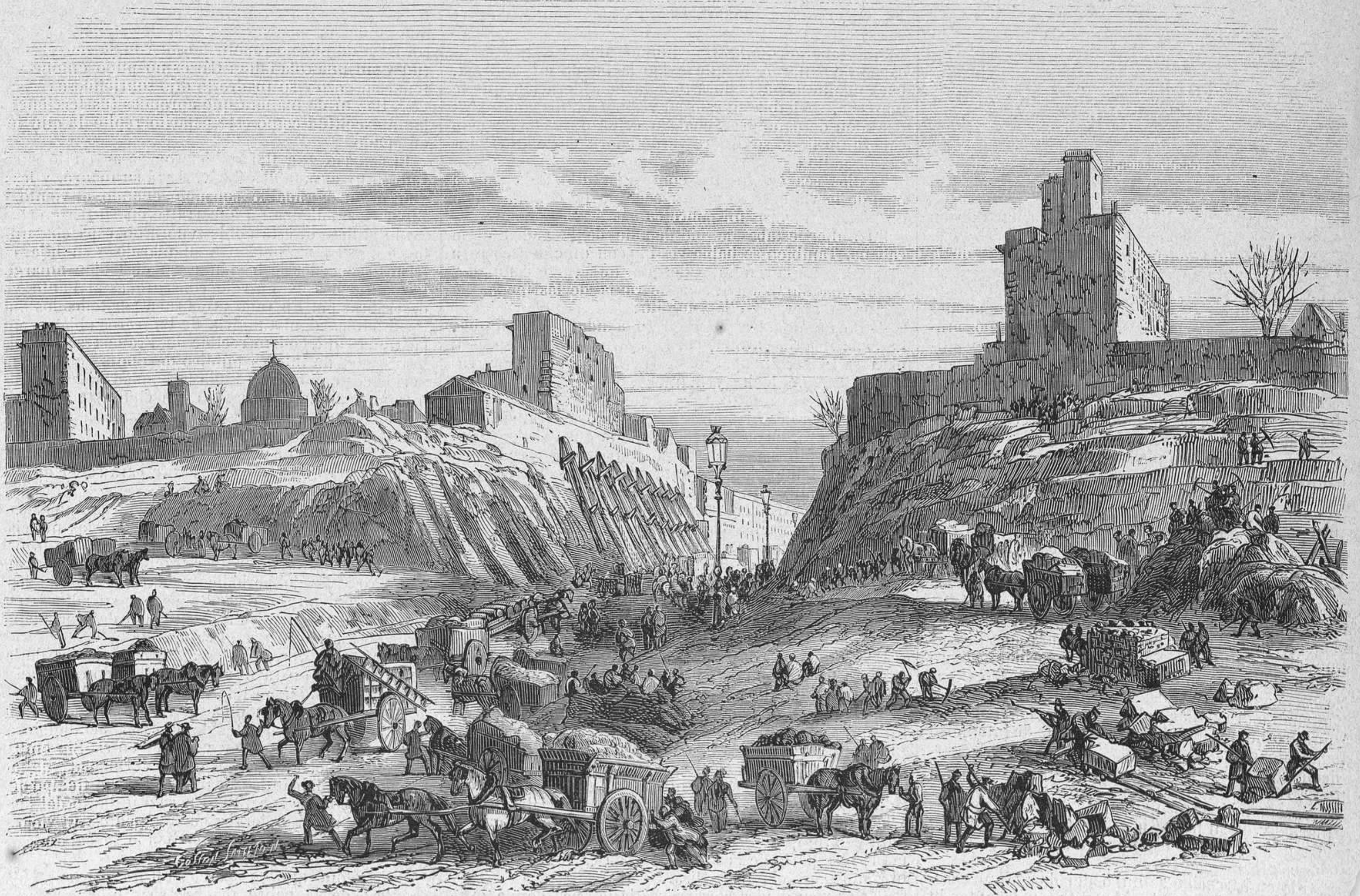
PARIS. — La Cuestion romana. — (Véase la Revista de Paris del N° 787.)

El fenianismo en Inglaterra.

Sin que haya habido ataques tan osados como el mes último, el fenianismo continúa siendo un espantajo para la Inglaterra. El gobierno toma las precauciones mas minuciosas, y aunque lord Stansley haya declarado hace pocos dias que el fenianismo no era un peligro formal para el Reino Unido, la clase media inglesa, inquieta y deseosa de

burlar las maniobras de la conspiracion irlandesa, toma tambien, y con una actividad incesante, las medidas que aconseja la prudencia en tan grave apuro.

Como puede verse en los dos grabados que publicamos hoy, los constables voluntarios acuden al refuerzo de los constables de la policia, y mientras los unos hacen sus rondas y sus pesquisas, los juramentados hacen



Embellecimientos de Paris. — Apertura de la calle de Rennes.



el ejercicio, se disponen para la lucha y dan evidentemente á la seguridad pública un fundamento de los mas sólidos.

Tambien hay que decir que, por su parte, el fenianismo no se muestra desalentado. Las nuevas prisiones que se hacen cada dia nos demuestran que tiene esta asociacion las ramificaciones mas extensas y los mas decididos conspiradores. Esta semana el telégrafo nos anuncia que otra torre Martello, atacada por los irlandeses, ha sido defendida por una compañía de infantería inglesa que puso en fuga á los agresores. El pais se halla pues dividido en dos campos y todo el mundo se pregunta qué política seguirá el gobierno para reducir al silencio á la Irlanda hambrienta. Reverte la Inglaterra lo que echó en cara á la Rusia á propósito de la Polonia, y se aproximará por esa via á una solución satisfactoria.

H. V.

### Embelllecimientos de Paris.

#### APERTURA DE LA CALLE DE RENNES.

La apertura de la calle de Rennes forma parte del conjunto de las obras que el prefecto del Sena comprende en lo que él llama la segunda zona.

La primera zona nos ha dado la conclusion de las Tullerías, del Louvre, del Hotel de Villa, los Mercados, la calle de Rivoli, los bulevares de Sebastopol, de Strasburgo y de San Miguel: esta es la obra capital de la trasformacion de Paris.

La segunda zona comprende los bulevares del Príncipe Eugenio, de Magenta, de Malesherbes, Haussmann, San Marcelo y Arago, la conclusion del bulevar San Miguel y la calle de Médicis.

En la tercera zona están comprendidos los bulevares Ricardo Lenoir, de los Amandiers, la calle Reaumur, la calle Lafayette, la prolongacion de las calles Drouot, Lepelletier, Olivier, Neuve-des-Mathurins, la prolongacion del bulevar Saint-Germain y de la calle de Rennes.

Esta rápida noticia de la trasformacion de Paris nos demuestra la inmensidad de la obra emprendida por el segundo imperio, y la actividad de M. Haussmann es una indicacion de que no llegamos al fin de estos trabajos de Hércules.

La apertura de la calle de Rennes en el barrio de San Marcelo hará que el aire y la luz penetren en esas regiones cruzadas hasta hoy por vias estrechas y sucios callejones sin salida. El barrio Mouffetard y San Marcelo se habia considerado hasta aquí como el *ghetto* de los trabajadores parisienses: era el pais de los traperos. Recorriendo ahora el ancho bulevar que representa nuestro dibujo, se ve que la trasformacion ha sido completa.

L. C.

### El Canario.

(Continuacion.)

Un frio mortal se apoderó de la señora, cuando en medio de una noche tan tormentosa se acercó á las orillas del rio, y le vió, engruesado por las aguas de la lluvia, levantar espumosas oleadas que se movian al viento de la tempestad, y mas aun al verse precisada á entrar con su hijo en aquella débil barca, que apenas bastaba á contener dos personas. Los dos hermanos procuraron infundirle valor; y el pescador, saltando animoso á la barquilla y tomando los remos, exclamó poseído de una confianza religiosa:

— ¡Dios nos llevará sanos y salvos á la otra orilla!

Entonces Ricardo se despidió de su noble señora y le entregó una caja de tabaco, un reloj de oro y dos anillos, todos guarnecidos de piedras preciosas, que habia conseguido salvar en el saqueo del castillo.

Además le entregó algun dinero que habia ahorrado de su sueldo, pero sin decirle que era cosa suya. Después le besó respetuosamente la mano, que regó con ardientes lágrimas, estrechó en sus brazos sollozando al inocente Carlos y dijo:

— Oh mi adorada señora: yo soy muy viejo, y veo quizá por la última vez á vos y á vuestro querido hijo. Nada puedo hacer en vuestro favor; pero Dios no os abandonará. El alargará vuestra vida para que disfrutéis aun dias venturosos. Sois demasiado bienhechora para que la desgracia pudiera afligiros tan largo tiempo. Yo os acompañaria gustoso; ¿pero quién sabe si quedándose podré hallar todavía algun medio de salvar á nuestro buen amo? Por lo menos he de intentarlo con todas mis fuerzas.

Al decir estas palabras se despidió llorando amargamente. La señora de Erlau, bañada tambien en lágrimas, le recomendó eficazmente que le diese noticias de su marido y de su hija. Ricardo le prometió hacerlo así, y le ayudó á entrar en la barca en compañía de su hijo Carlos.

Cuando la embarcacion se hubo alejado á alguna distancia, Ricardo cayó al suelo de rodillas y levantando los brazos al cielo, exclamó:

— ¡Oh Dios clemente, permitid que lleguen con felicidad á la otra orilla! Yo permaneceré de rodillas implorando vuestra bondad hasta que mi hermano me traiga la noticia de que están fuera de todo peligro. Quiera Dios que pueda anunciar algun dia á mi digna señora la salvacion de su marido y de su adorada hija.

### III.

Nuestros fugitivos habian atravesado el Rhin sin contratiempo alguno y se hallaban por fin libres de todo riesgo. Pero no les era posible continuar largo tiempo en un pais donde los emigrados estaban continuamente expuestos, y en el que para colmo de desgracias principiaban ya á sentirse el estruendo de las armas y los horrores de la guerra.

La señora de Erlau se decidió á seguir la direccion que le habia indicado Ricardo, y á entrar en la Suiza, bajando por el Rhin; pero sus recursos pecuniarios se agotaban de dia en dia.

Un viaje hasta la Suiza le pareció demasiado caro, y entonces, siguiendo el consejo que le pareció mas prudente, se dirigió hácia la Suabia y entró en el Tirol á pocos dias de camino. Allí encontró por la mediacion de una persona caritativa, un viejo que consintió en recibirla en su cabaña así que llegase.

Púsose en camino sin dilacion con su hijo Carlos, y acompañados de un guia que llevaba su escaso equipaje, después de haber subido montañas escarpadas, y atravesado profundos vallados, llegaron por fin á uno estrecho, cubierto de abundantes pastos en medio de las rocas cuyo aspecto tenia algo de imponente y majestuoso.

Hácia el lado derecho aparecian á la sombra de una gran roca, y como suspendidas en el aire, algunas cabañas de madera, cubiertas con unos techos casi llanos; en medio de ellas se elevaba el campanario de una capilla, cuyo tejado de madera habia sufrido mucho de los recientes temporales.

A la izquierda se divisaba un sombrío bosque poblado de pinos, y á su espalda dos montañas que escondian sus cimas entre las nubes y estaban cubiertas de nieves perpétuas. Después de algunos minutos de marcha por la asomada del valle, el guia se detuvo, y señalando con el baston hácia un punto de lo interior y mas profundo del mismo, le dijo:

— ¿Veis allá abajo una roca enteramente negra? Pues allí vive el anciano que debe recibirnos en su cabaña.

La señora de Erlau suspiró tristemente, y despidiéndose de su guia bajó el estrecho sendero que conducia á lo profundo del valle.

El tirolés que les esperaba, anciano todavía alegre y bien conservado, la recibió con las mayores muestras de aprecio y de cariño. El desconocia absolutamente los perfiles de la etiqueta y la diferencia entre el *tú* y el *usted*.

Sin embargo, tenia muy buenos modales, y era incapaz de faltar á lo que exige la buena crianza. Así, para manifestar á la forastera la consideracion que le merecia, se habia puesto su vestido de los domingos; pantalon de paño gris, chaleco color escarlata, y á la cabeza un lindo sombrero verde adornado con una pluma de gallo:

— Dios sea en vuestra compañía, dijo á la señora cuando la vió entrar; yo tengo la mayor complacencia en poder ofrecerme mi pobre casa.

Su mujer estaba de pié delante de la puerta de la cabaña. Tambien se habia vestido con mucho aseo para presentarse á la señora, y después de secarse las manos en el delantal blanco, porque venia de las faenas de cocina, se acercó á ella y le dijo:

— Dios te ampare y sea en tu ayuda, buena mujer. La cena está ya pronta, pero hay muy poco dispuesto para satisfacer tu apetito. Entre nosotros no hay mas alimentos que leche y manteca, pan de avena y patatas.

El viejo tirolés hizo entrar á la señora en una habitacion oscura, cuya pequeña ventana daba vista al bosque de los pinos y á las dos montañas cubiertas de nieve. Todo el mueblaje de esta pieza consistia en una mesa, un banco, un par de sillas de madera de pino y una cazuela de barro, toda cubierta de musgo. A un lado de la habitacion habia una alcoba muy reducida y sin mueble alguno. Sin embargo, la señora de Erlau dió gracias á Dios de haberle deparado aquel asilo.

Ella supo acomodarse perfectamente á lo que exigian las criticas circunstancias en que se encontraba; se ocupaba por sí misma en hacerse la comida, y pasaba lo demás del tiempo bordando y cosiendo.

De esta manera supo utilizar las horas que cualquiera hubiera perdido en aquella soledad; pero lo que no sabia era cómo dar una ocupacion á su hijo Carlos; este era su mayor apuro. Ella no podia instruirle por sí misma (no obstante que su educacion estaba ya comenzada, y que Carlos sabia algo de latin), porque le faltaban los libros.

Una mañana que estaba entregada á estas melancólicas reflexiones, comenzó á sonar la campana de la capilla, y la buena tirolesa entró precipitadamente en su cuarto para decirle que el señor cura de la aldea que caia hácia la otra parte de la montaña iba á celebrar aquel dia el santo sacrificio de la Misa.

Carlos y su madre corrieron á la iglesia, donde oyeron al cura un sermón, que aunque corto, penetró hasta

lo íntimo en el corazon de la pobre madre. Cuando se concluyó el oficio divino, se pusieron los dos á hablar con este sacerdote, que era un hombre lleno de inteligencia y animado de una verdadera devocion y una ardiente caridad. Este le prometió que daria á su hijo todos los libros que le fuesen necesarios, y que le daria tambien una leccion de escribir á la hora del medio dia, si el niño queria tomarse la incomodidad de atravesar la montaña.

Carlos escuchó esta proposicion con el mayor gusto, y se alegró mucho de ver que ya tenia medios de ocupar su tiempo en el estudio.

Apenas concluia de almorzar cuando tomaba los libros bajo del brazo, atravesaba corriendo la montaña y se dirigia á la casa de su buen profesor; pero cuando las lluvias caian en abundancia durante muchos dias, era imposible que Carlos fuese tan lejos á tomar su leccion; y para este caso la sabiduría de su madre le habia procurado un inocente recreo.

Habia por aquella época en el Tirol muchos canarios, que habian vendido en el valle algunos extranjeros. El viejo tirolés tenia una jaula llena de pájaros, entre los cuales habia tambien algunos de aquellos, y Carlos habia suplicado á su madre que le comprase uno de ellos, en atencion á su poco coste.

— Lina tenia uno igual en el castillo, le decia; cómprame tambien á mí uno, y así en medio de estas rocas y de estos bosques tendremos un motivo de recordar continuamente á nuestra patria.

La buena madre consintió en ello gustosa, y el niño escogió en la pajarera el canario mas lindo, y el que mas se parecia al que su linda hermana tenia en el castillo.

Carlos estaba sumamente satisfecho con la posesion de aquel pajarito, vestido de plumas de un bello color pajizo, con unos ojitos negros y brillantes, y que no tardó mucho en familiarizarse con Carlos, viniendo á posar en su mano y comiendo de sus mismos labios las migajas de pan que él ponía en su boca.

Cuando Carlos escribia, el pajarito venia al lado de él y se entretenia en arrancar las barbas de la pluma, y picotearle los dedos; de suerte que aunque el niño gustaba mucho de estos juegos, se veia muchas veces obligado á encerrarlo en su jaula porque no interrumpiese su trabajo. A poco tiempo principió á cantar y Carlos no se cansaba de admirar su preciosa voz.

— Es necesario enseñarle algun aire, le dijo el viejo tirolés.

Pero Carlos creyó que lo decia de chanza, ignorando que se pudiese enseñar á cantar á los pájaros. El viejo sacó entonces de su bolsillo un flautin, le tocó una contrazanza y enseñó á Carlos á poner los dedos para que él tambien la tocara. Carlos quedó encantado del sonido claro y penetrante del instrumento, que aprendió á manejar bien pronto con ayuda de sus conocimientos músicos, tocando al poco tiempo con la mayor facilidad todos los aires que oia.

Escogió sin embargo, entre todos ellos el que le agradaba mas al oido, y á fuerza de tocarlo todos los dias delante de su canario, llegó por fin á tener la agradable sorpresa de oírsele repetir á este con la mayor exactitud y sin una sola falta: Carlos no pudo entonces contener su gozo y su madre le dijo sonriéndose:

— Haz tú de manera que aprendas tus lecciones con tanta exactitud como este pajarito repite la que le has enseñado.

El canario y la flauta hicieron pasar en lo sucesivo ratos muy agradables á Carlos y á su madre, y les servian de un agradable consuelo cuando el viento y las lluvias les obligaban á encerrarse en su triste cabaña.

Sin embargo, esta noble señora no separaba un instante de su imaginacion á su marido y su hija, cuyos tristes recuerdos le hacian pasar dias bien amargos, y largas noches de desvelo consagradas al llanto y á la desesperacion. En vano procuraba por todos los medios imaginables alguna noticia de tan caros objetos, porque las únicas que podian recibir de Francia se reducian á los asuntos de interés público de que se ocupaban los periódicos que el cura tenia la bondad de enviar á Carlos una vez á la semana. Un dia vino este último precipitadamente con ellos; recorriólos con ansiedad, y dijo á su madre:

— El señor cura no ha tenido tiempo para acabarlos de leer; pero ha visto lo bastante para saber que traen buenas noticias.

La señora de Erlau comenzó entonces á leerlos con el mayor interés, y vió que con efecto, las noticias de la guerra eran sumamente lisonjeras. Esto le hizo concebir la esperanza de volver pronto á su patria querida; pero al fin del periódico venia una lista de los nobles que debian ser decapitados por su adhesion á la antigua monarquía, y entre ellos vió desgraciadamente el de su marido, Enrique Erlau.

Un grito de horror se escapó de los labios de la señora, como si un rayo la hubiese herido en aquel momento. El periódico se le cayó de la mano y ella vino al suelo sin sentido: en este estado permaneció largo rato, hasta que las gentes de la casa, acudiendo á los gritos de Carlos, lograron volverla en sí. Sin embargo, este golpe mortal le causó una enfermedad, de la que todos desconfiaban de salvarla, al mismo tiempo que su hijo Carlos no se separaba un solo instante del lado de su madre, se desmejoraba por momentos. El viejo tirolés decia muchas veces, sacudiendo la cabeza con un acento de profundo dolor.

— El otoño que se acerca cubrirá con sus hojas el sepulcro de la pobre madre, y su hijo no alcanzará quizás la próxima primavera.



## IV.

Ricardo, el antiguo y fiel servidor de la familia de Erlau, había esperado á la orilla del Rhin la vuelta de su hermano, y este le había asegurado por fin que la travesía se había hecho con toda felicidad. Tranquilo ya sobre este punto, su mayor deseo era arrancar á su amo de las garras de la muerte, porque miraba como la mayor de las injusticias el que la fidelidad del señor de Erlau hacía su legítimo rey hubiese de costarle la vida.

Presentóse á la mañana siguiente en la ciudad, donde tenía un hijo llamado Roberto, que servía en la guardia nacional. Este excelente jóven, lleno de fuerza y de valor, estaba con mucha frecuencia de guardia á la puerta de la prision en donde gemía el señor de Erlau, y Ricardo esperó con fundamento que esta circunstancia fuese favorable á sus miras. Ambos formaron de comun acuerdo diferentes proyectos para salvar al prisionero; pero todos fueron desechados despues de un maduro exámen.

Por último, resolvieron que Roberto estuviese siempre á la mira, á fin de aprovechar la primera ocasion que se presentase; pero su paciencia fué inútil y sus esperanzas iban perdiéndose por momentos.

Por fin el señor de Erlau vino á ser condenado á muerte despues de un largo cautiverio. La sentencia debía ejecutarse al dia siguiente por la mañana, y este buen padre, afligido y desesperado, se había sentado en un rincon de su encierro, ocultando su rostro entre las manos.

No habían cuidado tampoco de traerle luz, de modo que en su prision reinaba la mas profunda oscuridad. Allí pensaba tristemente en su mujer y sus hijos, de los cuales no había recibido noticia alguna, y cuya triste posicion le afligia mucho mas que su propia suerte. Sin embargo, repetía aun en este momento las palabras que había pronunciado al escuchar su sentencia de muerte.

— ¡Cúmplase, Dios poderoso, tu voluntad sobre la tierra!

Todos sus pensamientos se dirigieron entonces hácia el Eterno.

— ¡Dónde encontraré yo, decía, un consuelo en esta última noche de mi existencia, sino en el seno de tu bondad, oh Dios de clemencia! Tu voluntad divina se cumplirá sobre mí y sobre mi familia. Si tú te compadesces de la suerte de mi querida esposa y de mis hijos, tu bondad me reemplazará para con ellos, y les consolará en su afliccion. Por lo que á mí toca, lleno de confianza en tu misericordia, llevaré tranquilo mi cabeza á ese cadalso, teñido ya con la sangre de mis amigos; pero si tú quieres aun reunirme á ellos por un momento, y es fácil á tu poder abrir las puertas de mi prision, y arrancarme del poder de mis enemigos, entonces mi vida y la de mi familia se consagrará toda entera á tributarle un eterno reconocimiento.

En tanto que estas tristes ideas afligian el corazon del prisionero, se dejó sentir un ruido bastante fuerte á la entrada de su prision, y la puerta se abrió bruscaamente. Llenóse todo de humo en un momento, y la llama de un voraz incendio iluminó de repente el interior de la prision.

Un soldado jóven se presentó entonces al caballero Erlau y le dijo:

— ¡Salvaos, señor, que esta es la voluntad de Dios! Este soldado jóven era Roberto. Y efectivamente, por una imprudencia de los otros soldados que habían bebido demasiado, se había prendido fuego á la parte de la prision donde se hallaban los detenidos por asuntos políticos.

Los soldados que estaban de guardia dejaron al momento sus armas y sus trajes militares para correr á sofocar el incendio. Roberto se había aprovechado de esta circunstancia, había cogido el uniforme de uno de los soldados, y con él se dirigió á la prision del caballero Erlau.

— Poneos pronto esta casaca, le dijo Roberto al mismo tiempo que le ayudaba á entrar el brazo, le colocaba en la cabeza un morrion adornado de plumas, con su cocarda tricolor, le ataba un sable á la cintura, y le ponía un fusil en la mano.

La barba larga y espesa, que no se había cortado una sola vez en el tiempo de su prision, daba al caballero Erlau un aspecto fiero, propio de los soldados de aquella época, y un aire muy marcial.

— Ahora, le dijo Roberto, bajad con valor la escalera y salid por la puerta principal. Con este traje creo que saldreis sin obstáculo alguno. En seguida podeis dirigiros á casa de mi padre, que os espera en casa de mi tío el pescador.

La entrada del jóven soldado en la prision había sido para el señor de Erlau como la aparicion de un ángel, y sus palabras le parecían un aviso bajado del cielo. Pronto adoptó el aire que convenia á su traje, y con el mayor desembarazo se unió á todos los demás que salían cargados de cubos de agua para apagar el incendio, gritando con voz imperiosa: «paso, paso;» hasta que llegó por fin á verse en la calle.

Ya no era posible retroceder, y esta consideracion le infundía un valor sobrenatural que precipitaba sus pasos. Dirigióse en derechura hácia una de las puertas de la ciudad y salió sin obstáculo alguno, gracias al cuidado que tuvo Roberto de decirle la consigna.

Eran ya las doce de la noche cuando llegó á la casa del viejo pescador. Llamó al postigo de la ventana, y saliendo este á abrirle, quedó un poco asombrado de

verle, porque no reconoció en aquel militar al caballero de Erlau. Imaginóse al pronto que vendrían á prenderlo, porque su adhesión hácia la familia de Erlau le había acarreado muchas enemistades en aquel pais; pero cuando reconoció en el disfrazado al caballero Erlau, llegó al colmo su alegría, y dando gracias al cielo por tan feliz encuentro, le introdujo al momento en su habitacion.

Ricardo, que había permanecido en vela durante muchas noches aguardando este momento feliz, se precipitó en sus brazos exclamando:

— ¡Oh, mi buen amo!

Y los dos lloraban al verse reunidos de aquella manera tan inesperada.

La primera pregunta del caballero Erlau fué sobre el paradero de su esposa y sus dos hijos.

Ricardo le respondió que Carlos y su madre estaban en paraje seguro; que Lina había estado muy mala, pero que su salud se hallaba ya enteramente restablecida, y que la tenía allí, en su compañía.

Lina, que dormía en el cuarto del lado, se despertó con los gritos de alegría del buen Ricardo; y reconociendo la voz de su padre, se levantó y se precipitó en sus brazos llorando de gozo; al mismo tiempo sus mejillas frescas y sonrosadas se humedecían con las lágrimas que aquel placer tan inesperado hacía derramar á su buen padre.

Despues de estos primeros desahogos de alegría y de cariño, el caballero Erlau se decidió á atravesar el Rhin aquella misma noche y huir de un pais que si en otro tiempo había sido para él de paz y de felicidad, ahora solo ofrecía el espectáculo de asesinatos y muertes sangrientas; y quiso abordar el suelo germánico en la misma barca que poco antes había servido para la evasión de su mujer y su hijo.

Al momento se puso en camino con Lina, yendo delante el pescador y detrás Ricardo, que llevaba un fardo al hombro. Hacía una hermosa luna, y el cielo estaba vistosamente estrellado.

Acercábanse todos al rio, caminando con precaucion y guardando el mas profundo silencio, y ya la barca, oculta bajo la sombra de algunos arbustos, estaba dispuesta para su fuga, cuando á pocos momentos oyeron á sus espaldas una descarga de mosquetería, y muchas voces que gritaban á la vez.

— ¡Alto, alto!

Era que los soldados de la prision del caballero Erlau habían notado su fuga así que se apagó el fuego, y habían salido en su persecucion. Aproximábanse mas y mas los perseguidores, y los fugitivos se quedaron medio muertos de miedo; pero corriendo con todas sus fuerzas hácia la barca, y habiendo conseguido al fin llegar á ella, el caballero Erlau se precipitó dentro, llevando á Lina en sus brazos; Ricardo saltó detrás, se apoderaron ambos de los remos y se alejaron prontamente de la orilla. El pescador no pudo hallar cabida dentro de la barca, y se escondió en el hueco del tronco de un antiguo sauce.

La barca no estaría aun á cuarenta pasos de la orilla, cuando llegaron los soldados al rio. Al momento hicieron fuego sobre los fugitivos, y las balas pasaron silbando junto á los oídos de la pobre Lina, que se asustó extraordinariamente; pero su padre la colocó en el fondo de la barca y los dos remeros redoblaron sus esfuerzos á fin de ganar la orilla opuesta.

Otra nueva descarga atravesó el sombrero del caballero Erlau, y dos balas atravesaron el remo que manejaba Ricardo. La débil barca vaciló con este empuje, y estuvo cerca de sumergirse; pero al fin consiguieron llegar sanos y salvos á la otra orilla.

El caballero Erlau se arrojó en el momento de saltar en tierra para dar gracias á Dios por aquella salvacion casi milagrosa; y en seguida se sentaron todos en el tronco de un árbol caído para descansar un instante de su penosa tarea.

Despues de un momento de reposo se levantó Ricardo, que no quería ver á su señor en un paraje donde se hallaba tan expuesto á caer en manos de sus enemigos, tomó su baston de camino y su pesada maleta, y echó á andar el primero para dar ejemplo. El caballero Erlau y Lina le siguieron, y tomaron el camino que atraviesa las escarpadas montañas de la Suabia, llamado del bosque-negro, á causa de las sombrías florestas de abetos de que está poblado todo el pais.

## V.

El único deseo del caballero Erlau era ya el de encontrar lo mas pronto posible á su querida esposa. Ricardo conocía á un arrendatario en las cercanías del bosque-negro, y se dirigió desde luego á su casa, con ánimo de permanecer en ella algunos dias y prepararse á emprender un viaje mas largo. Pero apenas había entrado en aquella cabaña el caballero Erlau, cuando ya hablaba de ponerse otra vez en camino.

— No puedo tener un instante de reposo, le dijo á Ricardo, hasta que no llegue á ver á mi mujer y mi hijo. Tú me has dicho varias veces que se habían retirado á la Suiza; ¿pero cómo podremos llegar hasta allá? La pobre Lina no puede pasar á pié un camino tan largo, y nuestros escasos recursos no nos permiten alquilar un carruaje.

Al oír estas palabras sacó Ricardo una bolsa llena de oro y la puso sobre la mesa.

— No sois tan pobre como creéis, mi buen señor, le dijo con aire satisfecho: este oro es todo vuestro.

El caballero Erlau estaba atónito; miraba alternativa-

mente al oro que contenía la bolsa, y á su fiel criado.

— Cuando estábais en la opulencia, dijo Ricardo continuando, no habeis cesado un instante de hacer el bien. ¡Qué de dinero no habeis repartido entre los desgraciados que os rodeaban por todas partes! pues bien: yo he reservado una parte de estas limosnas mientras que vos gemiais en el fondo de una prision y la señora de Erlau erraba por extrañas tierras. Hay muchos hombres, como he tenido ocasion de conocerlo, en los cuales el reconocimiento y la probidad son cualidades innatas; y así yo he encontrado muchos hombres de bien, que no solo no han rehusado pagar lo que debían, sino que han querido dar aun de mas, movidos de reconocimiento y amor hácia su buen amo.

Enrique de Erlau contó entonces el dinero:

— ¡Oh, aquí hay mucho! exclamó levantando los ojos al cielo. ¿Cuánto te parece que podrá durarnos?

— Podremos hacer grandes economías, dijo Ricardo, sin perjuicio de tomar un coche para llegar cuanto antes á Suiza.

Ricardo compró un caballo y un carrito que cubrió con un toldo rayado para ponerlo al abrigo del viento y de las lluvias. Pusiéronse con esto en camino, y él anduvo á pié durante todo el viaje á pesar de los continuos ruegos de Lina y de su padre porque subiese al carruaje, á los cuales se negaba constantemente.

Llegaron por fin á Suiza; pero en ninguna parte logró Enrique adquirir noticias de su esposa. Todas sus diligencias fueron inútiles, y esto le llegó á convencer de que habría tomado otra direccion. Volvieron pues hácia atrás y se introdujeron de nuevo en la Suabia.

Los malos tratamientos que en la prision había sufrido el caballero Erlau, las agonías de una condenación á muerte, los temores y las penas que le había acarreado su fuga, junto con el cansancio y las fatigas continuas de su viaje, habían llegado á agotar sus fuerzas, en términos que su salud estaba enteramente quebrantada. Vióse precisado á guardar cama por algunos dias, y con este motivo se detuvieron en una pequeña ciudad que atravesaban hasta su total restablecimiento.

Ricardo alquiló con este objeto un cuarto compuesto de tres habitaciones y su cocina; compró los muebles necesarios para el servicio, y su larga experiencia en todo lo que hacía relacion á los asuntos domésticos, le puso en disposicion de dirigir con acierto todo este pequeño menaje.

Lina le ayudaba con el mayor interés en todas aquellas faenas que no eran superiores á sus fuerzas, y en tanto que su padre se vió obligado á permanecer en cama, lo cual duró largo tiempo, le prodigaba los mas tiernos cuidados y hacía cuanto estaba en su mano para distraerlo. Cada dia quería proporcionarle alguna nueva sorpresa: ya era algun plato que ella misma había aderezado; ya alguna cancion nueva, ó ya alguna buena noticia. Su padre le daba en recompensa las mayores pruebas de cariño y de una ternura sin límites.

Llegó por fin el aniversario del nacimiento de Lina; y aquel dia se fué á misa muy temprano con el objeto de dar á Dios acciones de gracias y pedirle que conservase la vida y la salud á sus buenos padres. De vuelta á su casa, halló un espectáculo tan sorprendente como bello.

Estaba la ventana de su cuarto sembrada de hermosos alelíes azules y blancos, y encima de las flores una linda jaula con un canario muy parecido al que antes tenía en el castillo. El sol estaba hermoso y despejado, y sus rayos de oro hacían brillar mas todavía los bellos matices de las flores. Lina quedó sorprendida con este hallazgo, al y considerar que todo era obra del tierno cariño de su padre, se bañaron sus ojos en lágrimas.

— Yo no puedo ofrecerte hoy otra cosa mejor, mi querida hija, le dijo su padre. Cuando viviamos en nuestro castillo era este un dia de regocijo para la familia, y de fiesta para toda la aldea; pero hoy habremos de celebrarlo mas humildemente.

Ricardo había preparado una buena comida, en la que se le obligó á tomar asiento. El caballero Erlau, que amaba á su hija con delirio, estuvo como en otro tiempo alegre y de buen humor. Al fin de la comida puso su fiel criado sobre la mesa una torta cubierta de flores y una botella del rico vino de Alsacia, su patria. Enrique bebió primero á la salud de Lina, y despues á la de su mujer y su hijo; pero aquel recuerdo doloroso vino á turbar su alegría, y las lágrimas corrieron hasta su vaso.

— ¡Oh Lina! exclamó: ¿dónde estarán en este momento tu madre y tu hermano? ¿dónde celebrarán este aniversario? ¿qué les habrá sucedido en tanto tiempo? ¡Ah! una mujer y un hijo sin un amigo, sin un protector que les ampare, están expuestos á bien grandes peligros y á las mayores desgracias. ¿Quién sabe si podremos celebrar juntos alguna vez este aniversario, que hoy nos es tan triste? Antes tenía yo una confianza inalterable en la divina Providencia; pero hoy dia paso unas horas bien amargas y desesperadas...

El caballero de Erlau lloraba al pronunciar estas palabras. Lina se arrojó en sus brazos diciéndole para consolarle:

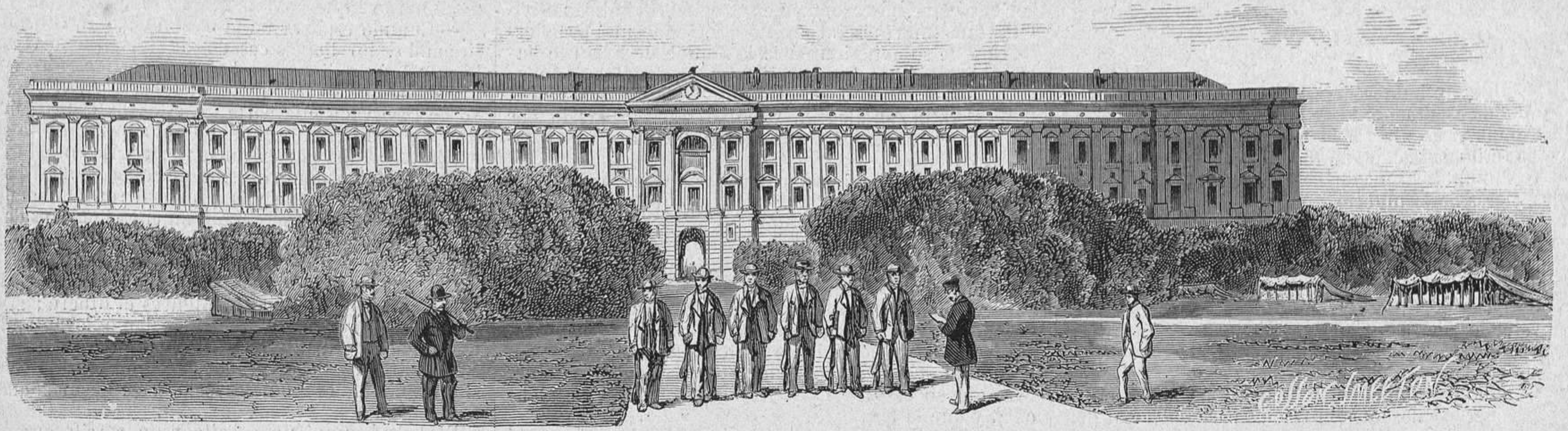
— No te aflijas, mi buen padre: que Dios no nos abandonará: él nos reunirá aun algun dia, porque no en vano nos ha salvado de una manera tan milagrosa. Está seguro de que él vela sobre nuestra suerte.

— Si: él vela sobre nosotros, dijo Ricardo enjugando sus lágrimas.

Todos guardaron entonces silencio y hubo un momento de profunda emocion para estos tres corazones.

El canario lo interrumpió cantando el aire tan conocido de Lina:





Los sitios de las cazas reales en Italia. — El palacio de Caserta.

Yo no perderé el valor  
Ni en la misma adversidad;  
Porque á tí, Dios de bondad,  
Tributo mi puro amor.

Lina quedó asombrada de oír al canario, y juntando sus manos exclamó:  
— ¡Dios poderoso, qué quiere decir esto! Este es el primer romance que Carlos aprendió á tocar en el clave, y que yo también aprendí: ¿te acuerdas, mi buen padre, que lo cantábamos la noche misma en que vinieron á prenderte?

En efecto, el caballero de Erlau, Lina y Ricardo participaban del mismo asombro, y miraban con particular atención al lindo canario. Repitió dos ó tres veces el aire, y era el mismo: no le faltaba una sola nota.

— Esto es extraordinario, dijo el caballero de Erlau acercándose á la jaula. Gran Dios ¿será posible que quieras restituirme por este medio á mi amada esposa y á mi hijo querido? Porque solo ellos han podido enseñar á este pájaro ese airecillo, aunque no comprendo cómo lo habrán conseguido. Dime, Ricardo, ¿en dónde has hallado este pájaro?

Ricardo le respondió que lo había comprado el día anterior á un jóven tirolés.

(Se continuará.)

**Los sitios de las cazas reales en Italia.**

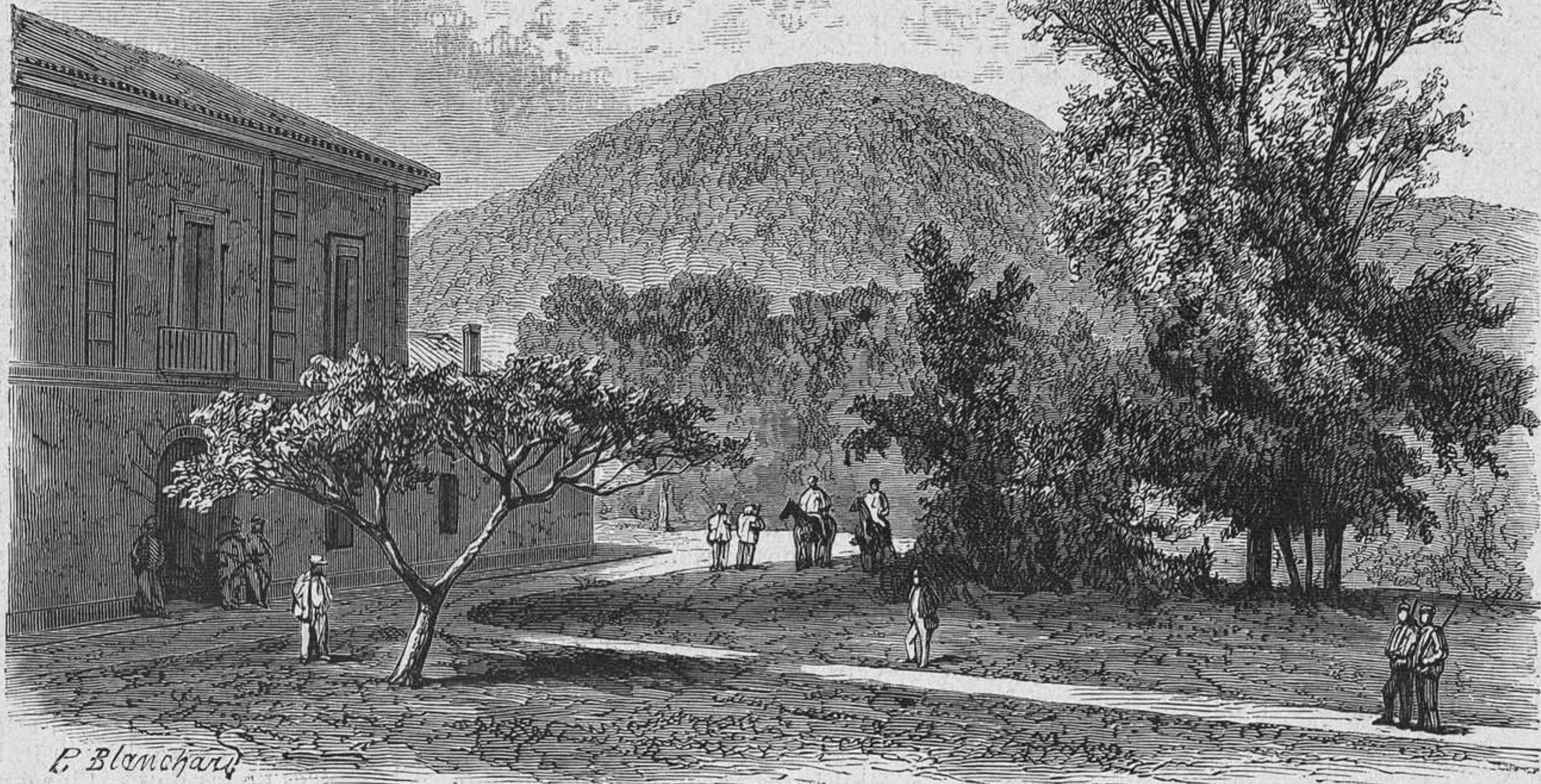
La Italia que habia consagrado á Diana cazadora el templo y los bosques sagrados de Aricia y que habia inscrito los nombres de cazadores intrépidos en los ana-

peregrinacion por la península algunas chispas de aquella llama viril que en lo sucesivo se proponia aplicar á la práctica de obras meritorias.

Efectivamente, por aquel tiempo comenzaron las grandes familias de Italia á sacudir el yugo de servidumbre que pesaba en la península. A medida que iban recuperando su independencia, volvian también á tomar posesion de las tradiciones de la montería que sus rudos antepasados, guardianes de las cenizas de Hipólito, aquel Nemrod de la mitología, consideraban como un entretenimiento sin molicie, y como el placer mas digno del hombre, porque sostiene las fuerzas físicas excluyendo la saciedad y la languidez.

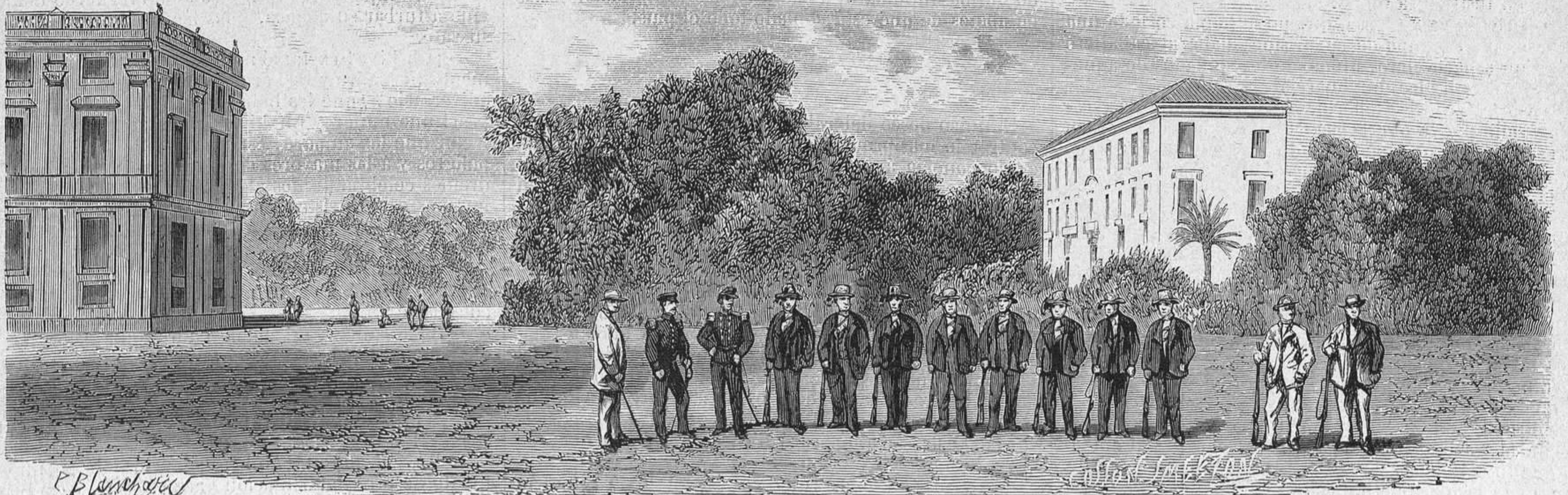
No solo los reyes y los señores seglares reconstituyeron entonces sus trenes de caza, sino que los principes de la Iglesia juzgaron que este varonil pasatiempo no era indigno de la autoridad espiritual. Los soberanos que reinaban en las Dos Sicilias no permanecieron tampoco indiferentes á este renacimiento de la montería, antes bien favorecieron su desarrollo en la fértil Campania que por su configuración física, y la suavidad de su clima se prestaba mejor que las demás partes de la península á la conservacion de la caza.

Sin embargo, no se organizó regularmente la montería en las Dos Sicilias hasta que hubo conquistado



Punto de reunion de cazadores en San Leucio.

les antiguos, no ha descuidado el culto de san Huberto en las épocas modernas. Mas aun: diríase que el bienaventurado obispo, tan querido de los cazadores, cuando fué á cambiar en la basilica de San Pedro su silvestre cayado por el báculo pastoral, fué propagando en su



Guardabosques de Capo-di Monte.



trono la casa de España. La pasión de la caza era hereditaria en esta, y á los príncipes españoles debe atribuirse la creación de las magníficas cazas reservadas que pertenecían á la corona de Nápoles, y que hoy se hallan en posesión del rey de Italia.

Pocos soberanos cuentan actualmente tantas posesiones cinegéticas. En la tierra firme el antiguo reino de Nápoles tenía las cazas reservadas de Caserta, Capo-di-Monte, Astroni, Carditello, Licosa, la Favorita y Portici.

La de Caserta es una creación del rey Carlos III, un príncipe de la rama primogénita de los Borbones de España y que fué el trono de los Borbones de Nápoles. Era un cazador consumado. El cetro de las Dos Sicilias le habría parecido bien pesado si no hubiese podido cambiarle á veces por una escopeta ó un cuchillo de monte.

El recuerdo de las cazas reales de Asturias le perseguía en la tierra napolitana, cuyos horizontes azules le recordaban la tierra natal. Para no correr al acaso por montes y por valles en pos de la jauría, quiso tener como en España sitios reservados; él mismo eligió el de Caserta en el florido valle de Volturmo que riega Cápua, al pié de las últimas ondulaciones del Apenino, y este capricho del soberano valió á la corona de las Dos Sicilias un palacio que es el Versalles del reino de Nápoles.

Este monumento edificado en 1752 fué la obra maestra del arquitecto Van Vitelli que acababa de construir dos iglesias y de restaurar el palacio Albani en Urbino. Magníficos jardines rodean las armoniosas bellezas del edificio, y á su extremidad se trazó un inmenso parque.

La caza reservada de Caserta se divide en tres partes. En la primera, que es la del parque, está la faisanería, donde crían dos mil faisanes al año y mantienen una gran cantidad de liebres y becadas.

La segunda es la de San Leucio, destinada á los jabalíes, y se halla dividida en tres distritos llamados los *patis*, que encierran como unos seiscientos jabalíes. Su extensión é importancia son tan grandes que en 1864 en una caza con que obsequiaron al rey Víctor Manuel en el *patis* del centro, mataron doscientos animales.

Fernando IV, hijo de Carlos III, hizo construir en un cerro el pabellón solitario de San Leucio. Heredero de la pasión de su padre por los ejercicios de caza, Fernando manifestaba una predilección particular por este sitio que habitó todo un invierno.

La tercera parte de la caza reservada es la de San Silvestre y se halla consagrada á los gamos. Hay como unos trescientos que provienen en su mayor parte de la posesión de San Felice de Módena.

El sitio de Caserta que exige un personal considerable, ha ocasionado grandes sacrificios á la lista civil del rey de Italia para que alcance la prosperidad que tanto admira en el día á los cazadores extranjeros. La guerra de 1860 le fué funesta. En la famosa jornada del 1º de octubre de aquel año, toda su superficie y principalmente la región montuosa, que es la de San Leucio, fué ocupada por los beligerantes, y por la noche á la luz de las hogueras del vivac se armaron los asadores y luego se reconoció que, felizmente, se habían hecho mas víctimas entre los animales que entre los hombres.

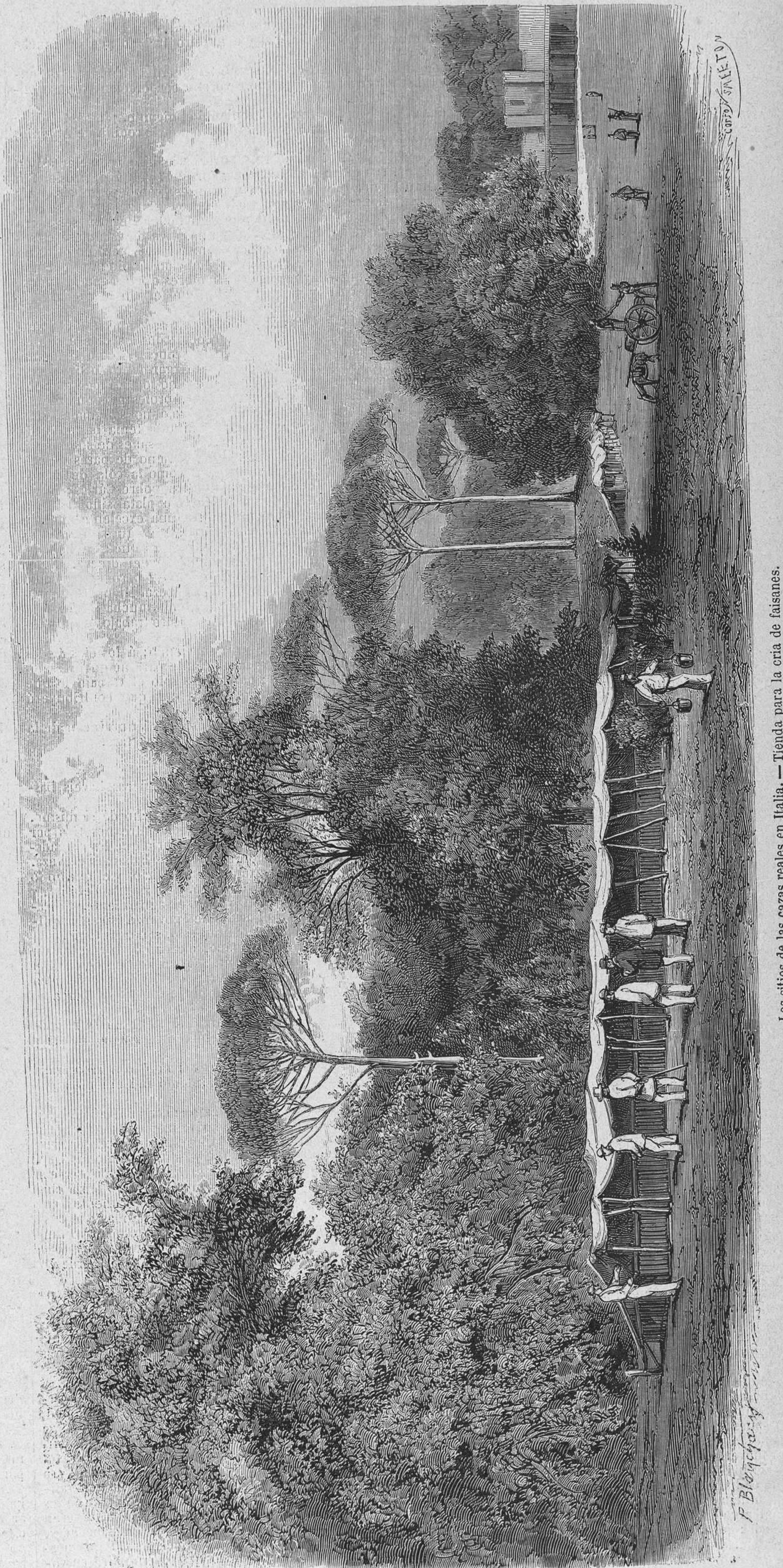
Sin trabajo ninguno los soldados echaron mano á los faisanes que tan cuidadosamente mantienen en Caserta. Los compartimientos de las crias consisten en unos parquecillos cerrados con empalizadas, bien expuestos, pues como los animales se gozan en la humedad y temen el calor excesivo, les sería fatal el cielo napolitano si no tomásem la precaución de abrigarlos por medio de tiendas, sobre las cuales se proyecta la sombra de los grandes árboles. Cuando los polluelos comienzan á echar alas les dejan en libertad por el parque, que está provisto de agua, de césped y de materiales que para ellos son muy necesarios.

El faisán es una caza que en Italia se estima mucho. En la época en que había penas muy severas contra los cazadores furtivos, como esta rica presa no dejaba nunca de excitar su codicia, se tenía costumbre de decir que la cola de un faisán era bastante larga para ocultar el remo de una galera.

Difícil es hablar de los sitios de cacerías reales en el antiguo reino de Nápoles, sin que resuenen en los oídos los nombres de Carlos III ó de Fernando IV. A Carlos III se debe pues la elegante villa de Capo-di-Monte, que construyó á las mismas puertas de Nápoles, tanto por causa de la pureza del aire y de la poca elevación de las colinas inmediatas, como por el deseo que tenía de poseer un soto cerca del palacio real.

Con toda solemnidad puso la primera piedra del edificio el 9 de setiembre de 1738. Los planos de la construcción eran del célebre Medano de Palermo, que tuvo el honor de concluir la basílica de San Pedro de Roma, é hizo ejecutar la obra por el arquitecto Angelo Carazale.

Como el palacio de Caserta, el de Capo-di-Monte se eleva en medio de la verdura sobre la cual se destacan graciosamente sus líneas monumentales.



Los sitios de las cazas reales en Italia. — Tienda para la cría de faisanes.

F. Blanchard del.



Cárlos III echó con profusión en su parque venados, liebres y conejos y dispuso un soto especial para los picofinos.

Fernando IV daba una audiencia por semana en Capo-di-Monte, sentado en un gran sillón con un perazo de caza tendido á sus piés, y en ese día todo el mundo podía acercarse á su persona sin carta de introducción: no habia mas que esperar el turno y no hay para qué añadir que las antecelas estaban llenas de pretendientes.

El palacio continúa siendo una preciosa residencia real. La colección de objetos de arte que contiene, su aspecto grandioso y la belleza del sitio atraen á él á la muchedumbre de los extranjeros. Allí se encuentran reunidos un museo de cuadros de los mejores artistas contemporáneos, la armería que perteneció al palacio real, la habitación de porcelana, conservada hasta hace poco en el palacio de Portici, y otras obras de gran valor artístico. Desde lo alto de Capo-di-Monte se descubre el magnífico panorama de la ciudad de Nápoles con su maravilloso golfo. En cuanto al parque sigue poblado de caza, y contiene tambien una faisanería mas importante que la de Caserta, pues en ella se crían 3,000 faisanes al año cuando menos, y de las especies mas estimadas.

F. DE L.

(Se continuará.)

## Debe y haber.

NOVELA ESCRITA EN ALEMAN

POR GUSTAVO FREITAG.

(Continuación.)

— Ahora siéntate á mi lado, y hablemos formalmente. Dime lo primero, ¿en qué puedo serte útil? ¿No te parece que harías mejor en hablar con el mismo M. Schroeter, tu padrino?

— Esto tomara en seguida el carácter de un asunto serio, contestó Cárlos. Mi padre podría creer que he venido á quejarme de él. Con respecto á vos, es mas bien un consejo de amigo.

— Tienes razon. Me adhiero á tu opinion.

— Yo venia pues á rogaros que en la primera ocasion favorable que se os presente habéis á mi padre. Tiene gran confianza en vos, y sabe que me apreciáis.

— No tengo ningun reparo, dijo Antonio; pero ¿cuál es tu inclinación?

— Todo me es igual, contestó Cárlos, con tal que pueda ganar honradamente mi subsistencia.

El domingo siguiente, Antonio fué á hacer una visita al viejo Sturm.

La habitación del cargador en jefe era una casita situada cerca del río, y poco distante del almacén de depósito. Esta casa, cuya fachada estaba pintada de color de rosa, y que se distinguía de todas las demás, era propia del cargador. Antonio, al abrir una puerta muy baja, no podía concebir como un hombre de la gigantesca estatura de Sturm, se encerrara en un recinto tan reducido, y cuando el cargador se puso en pié para saludarle, reconoció que este necesitaba una paciencia inaudita para acomodarse en una habitación tan diminuta para un hombre de su corpulencia, porque si hubiera querido moverse á su gusto, seguramente hubiera agujereado el techo y derribado las paredes, y su cabeza y sus brazos se hubiesen encontrado al aire libre. Nuestro gigante estaba en mangas de camisa, y al ver á Antonio, le tendió alegremente su mano descomunal, en la cual hubiera podido sostener una calabaza de mas que medianas dimensiones.

— Señor Wohlfart, tengo una satisfacción al veros en mi pobre morada, dijo Sturm estrechando con toda la delicadeza que le fué posible la mano de Antonio.

— Es algo pequeña esta casa para un hombre como vos, señor Sturm, contestó Antonio riendo. Nunca me habeis parecido tan corpulento como en este instante.

— Mi padre lo era mucho mas, contestó Sturm con marcada satisfacción, enderezándose de manera que llegó á tocar con su barba el borde superior de la chimenea: llegaba hasta aquí, añadió indicando una raya de color trazada en la pared encima de otras hechas con lápiz; era tan alto como lo veis señalado, y todavía mas grueso. Era el decano de los cargadores, el hombre mas fuerte que habia en la ciudad, y sin embargo murió espachurrado por un tonel que no abultaba tanto como vos. Sentaos pues, señor Wohlfart.

Después de haber acercado una silla de madera de encina tan pesada y maciza que Antonio tuvo trabajo para moverla, él se dejó caer sobre un banco á su lado.

— Mi hijo Cárlos me ha dicho que habia ido á veros, y que os habeis mostrado muy amable con él. Es un buen muchacho, y esto me causa mucha satisfacción; sin embargo, en él ha degenerado mi raza, y no se puede decir: *de tal padre tal hijo*. Su madre era una mujercita, añadió M. Sturm tristemente; y tomando un vaso que contenia mas de un litro, apuró su contenido hasta la última gota. Esto es cerveza floja sacada ahora mismo

de la pipa, dijo como para excusarse, ¿aceptaríais un vaso? Entre nosotros los cargadores tenemos establecida la costumbre de no beber otra, y la bebemos á todas horas del día, porque nuestro trabajo nos da mucha sed.

— Vuestro hijo, segun tengo entendido, trata de entrar á formar parte de vuestra corporación, repuso Antonio.

— ¡El cargador! exclamó el gigante. ¡Jamás!

Y poniendo la mano encima de la rodilla de Antonio, añadió:

— ¡No! mi pobre esposa me lo hizo prometer así en sus últimos momentos. ¿Por qué? voy á decíroslo. Sin duda que nuestra ocupación es, como ya sabeis, muy honrosa, pues gozamos de una confianza que no se concede á todo el mundo. Es un honor llegar á ser mozo cargador del comercio, y una plaza de esta clase es solicitada por centenares de individuos, pero nosotros no admitimos en nuestra corporación á ninguna persona extraña. Hay muy pocos hombres que tengan la fuerza necesaria, y muchos menos que tengan otra cualidad.

— Quereis decir la honradez.

— Lo habeis adivinado; y esto es lo que les falta tambien á los mas robustos. Tener todos los días á su disposición cajas y fardos de mercancías, como si fueran absolutamente propias, y no alargar nunca furtivamente la mano para sustraer algo, eso no lo hace todo el mundo. Tambien entre nosotros nos profesamos una mutua estimación. Las ganancias no solo no son malas, sino que llegan á ser buenas. Mi difunta tenia bastante dinero guardado en su alcancía, y después de su muerte, encontré todo el fondo del baul lleno de pares de calceas cuyos extremos relucian como la cola de la golondrina. Todo era para nuestro pobre Cárlos; en lo que tenia aborrado no habia solo plata, sino tambien oro. ¡Ah, mi pobre mujer era una excelente ama de gobierno; era muy económica! Os aseguro que esa es una virtud que yo no tengo, y ¿para qué? Un hombre *inteligente* no hace grande aprecio del dinero. Cárlos será un muchacho muy inteligente; pero nunca como cargador, añadió moviendo la cabeza. Mi pobre mujercita no queria que lo fuera, y tenia mucha razon.

— En efecto, dijo Antonio, vuestro trabajo es muy penoso.

— ¡Penoso! dijo Sturm sonriendo; á los ojos de los que no tienen la fuerza suficiente para no quebrarse el espinazo, lo parece; pero no es solo el trabajo lo que nos destruye, hay todavía otra cosa que contribuye á ello. Mirad:

Al pronunciar estas palabras, fué á un rincón de la sala, tomó una gran cántara y llenó el vaso.

— Es la cerveza.

Antonio se sonrió.

— Ya sé que vos y vuestros compañeros haceis bastante uso de esa bebida.

— Mucho, dijo Sturm como satisfecho de sí mismo. Esta es una costumbre consagrada entre nosotros por el tiempo y la necesidad. Es necesario que los cargadores seamos fuertes, honrados, y que bebamos cerveza. Es una necesidad anexa á nuestro oficio, y el que no lo hace no puede resistir la fatiga. Beber agua debilita, y lo mismo sucede con el vino y el aguardiente. Únicamente la cerveza y el aceite de Provenza hacen adquirir fortaleza al hombre. Mirad esto, señor Antonio.

El gigante alargó la mano, alcanzó de la alacena un vasito, le llenó hasta la mitad de aceite fino de olivas y la otra de cerveza, echó gran cantidad de azúcar en aquella mezcla y apuró el brebaje con grande espanto de Antonio.

— Esto es lo que da fuerza, dijo, es un secreto de nuestra corporación; esta bebida conserva la energía y desarrolla brazos como este.

Y hablando de este modo, extendió con arrogancia sobre la mesa un brazo que intentó inútilmente abarcarlo con la mano.

— Pero en todo esto hay gato encerrado, añadió por lo bajo. Ninguno de nosotros vive mas allá de cincuenta años. ¿Habeis visto por casualidad algun cargador muy viejo? A buen seguro que no, y es por que no los hay. ¡Cincuenta años! este es el *máximum*. Con la cerveza no se pasa de ahí. Mi padre cuando murió, tenia cincuenta años; el cargador que murió últimamente á cuyo entierro asistió M. Schroeter, no tenia mas que cuarenta y nueve. En cuanto á mí, todavía me restan muchos años de vida, añadió como para consolarse.

Antonio miró con inquietud la honrada fisonomía del cargador.

— Pues entonces, Sturm, si sabeis eso, ¿por qué no sois mas sóbrio?

— ¿Sóbrio? preguntó Sturm atónito. ¿Qué entendeis por sóbrio? Esto no nos trastorna la cabeza. Cuarenta medias pintas al día, es una cosa arreglada mientras uno pueda soportarlas.

Antonio miró al cargador con aire de incredulidad.

— Eso es lo que yo bebo, dijo Sturm. El que enteramos últimamente resistia todavía mayor cantidad, pero habia semanas en que soportaba mejor la fatiga que yo. En vista de todo esto, señor Wohlfart, mi Cárlos, segun la expresa voluntad de mi pobre mujer, tomará otra profesion. En cuanto á lo de la edad, sea aquí dicho entre nosotros, es una sandez. La generalidad de los hombres, sin ser cargadores, no pasan de los cincuenta. Empezando á contar desde la cuna, mueren infinidad de hombres de toda clase de enfermedades, que nosotros los cargadores desconocemos... Pero puesto que mi pobrecita mujer lo quiso, cumpliré su voluntad.

— ¿Y no habeis pensado alguna otra cosa en que se

pueda ocupar vuestro hijo? preguntó Antonio; Cárlos no hay que dudar que es muy útil en el despacho, y todos nos apercebiremos de su ausencia.

— Lo que decís es muy cierto, dijo interrumpiéndole el cargador. En el almacén notarán su ausencia y yo tambien. Desde que murió mi pobre mujer, estoy solo en casa; cuando veo reflejar en estas paredes el brillo de la mirada de mi hijo estoy contento, y cuando oigo su martillo en casa del principal se me alegra el corazón. Si me abandona y me quedo solo en esta habitación, no sé cómo soportaré mi aislamiento.

La fisonomía de Sturm se contrajo con una expresión de profunda tristeza.

— Pero qué, ¿acaso es de pura necesidad que se separe de vos? preguntó finalmente Antonio, ¿qué le impide el que permanezca aquí por algunos años.

Sturm movió la cabeza con aire significativo.

— ¡Oh! no, yo conozco á mi hijo. Cuando emprende alguna cosa, lo hace de todo corazón y por nada retrocede. Pero yo lo he pensado estos últimos días, añadió con un tono lleno de confianza. Yo hago mal en pensar en mí. Mi hijo no ha venido al mundo para mí, sino para él. Ya es tiempo de que aprenda algun oficio ú arte. Ahora yo me pregunto qué es lo que hubiera deseado la difunta que fuese nuestro Cárlos si existiera todavía. Mi mujer tenia un hermano; pues bien, este hermanito (que es mi cuñado) vive en el campo. Tiene allá arriba hácia el nacimiento del río, una heredad que le pertenece. Es un hombre reposado y reflexivo, que no cambiaria su posesión por mas de una baronía. Viene á verme todos los años después del esquilero. Este cuñado nos conoce tanto á mí como á Cárlos, y si yo debo separarme de mi hijo, á nadie querría confiarle mas que á él. Su residencia está muy lejana, añadió contristado, pero al fin y al cabo es un pariente.

— Ese es un buen pensamiento, señor Sturm, dijo Antonio admirado de hallar tan pocos obstáculos; pero siempre he oido decir que el cultivador, en general, no puede sacar gran provecho de su propia actividad, si no cuenta con algunos recursos.

— Eso está muy bien, dijo el gigante levantando un dedo con aire misterioso. Cárlos cuenta con algunos recursos. Los tiene por parte de su madre y tambien un poco por la de su padre, pero él lo ignora, porque yo deseaba que primero adquiriese alguna inteligencia, y espero que no le digais nada sobre este particular.

— Puesto que os ocupais del porvenir de vuestro hijo como conviene á un buen padre, no le dejéis mas tiempo en la incertidumbre, mayormente cuando comprende que su actual ocupación es insuficiente para ganar el sustento.

— Pues voy á comunicárselo en seguida, dijo Sturm levantándose. Está en el jardín; vais á ser testigo de todo.

Sturm salió de la habitación y con estentórea voz llamó á su hijo. Este acudió en seguida, saludó á Antonio, y miraba tan pronto á este como á su padre. M. Sturm habia vuelto á ocupar su sitio, y preguntó en su tono habitual:

— Rapazuelo, ¿quieres ser labrador?

— ¡Labrador! exclamó Cárlos, jamás he pensado en ello. Pero en ese caso tendré precision de separarme de tí, padre mio.

— Tambien le asusta esa idea, dijo Sturm dirigiéndose á Antonio.

— ¿Tu voluntad es que nos separemos? preguntó Cárlos alarmado.

— Ciertamente, hijo mio, dijo Sturm con seriedad; es necesario que esta sea mi voluntad para que se cumpla la de tu pobre madre.

— ¡Iré á casa de mi tío! exclamó Cárlos.

— Sí, únicamente para ir á su casa consiento en nuestra separación, dijo el padre. Toda oposición es inútil, mi determinación está tomada, contando siempre con que tu tío quiera tenerme en su compañía. Tú serás agricultor, emprendiendo de este modo una buena profesion; pero es necesario que te separes de tu padre.

— Padre mio, dijo Cárlos apesadumbrado, esa precision de separarme de tí me disgusta.

— Pues no debe disgustarte, ambicioso rapaz, dijo Sturm.

— En ese caso, vente conmigo al campo, dijo su hijo.

— ¿Yo ir al campo? ¿Pues ya! dijo Sturm riendo de manera que hizo temblar la puerta de la habitación. Este niño querrá meterme en uno de sus bolsillos y llevarme al campo ó á cualquiera otra parte pegado á él.

Rió tanto al decir esto, que al fin se vió precisado á enjugar las lágrimas que asomaron á sus ojos.

— Ven acá, hijo querido, y atrayendo á Cárlos hácia él, tuvo largo rato su cabeza entre sus descomunales manos. Tú eres mi hijo y te amo entrañablemente; es necesario que nos separemos en la tierra, si no en el momento, de seguro dentro de algunos años.

Quedó pues resuelto que Cárlos saldria de casa de M. Schroeter. Los últimos días de su permanencia en la misma, procuraba en vano ocultar su emoción silbando por lo bajo.

Acariciaba con ternura al amigo Plutun y al gato que habia llevado á la casa; cumplia sus deberes con mayor ardor, colocándose lo mas cerca posible de su padre; este por su parte procuraba tambien acercarse á su hijo, y mas de una vez se separó de los toneles y los fardos para estar á su lado y ponerle silenciosamente la mano sobre la cabeza.

— ¿Se trabaja mucho siendo agricultor? preguntó



Sturm cerca de la balanza á Antonio, dirigiéndole una mirada indagadora.

— No lo creo, contestó Antonio, y tal vez aprenderá algo mas que en el comercio.

— ¡Aprender! exclamó el cargador, cuanto mas tenga que aprender mas contento estará, eso no importa. Yo únicamente os pregunto si hay que soportar mucha fatiga.

— No, dijo M. Pix, que comprendia mejor el lenguaje del gigante. No hay nada penoso ni pesado. Lo mas difícil de manejar es el saco de trigo que pesa ciento ochenta libras, y el de habichuelas que pesa doscientas; además que tampoco tiene necesidad de levantar los sacos, pues para eso están los mozos de la granja.

— ¡Eso! ¿Nada mas que eso? dijo Sturm con menosprecio tranquilizándose; entonces no me importa que tenga que cargar con los sacos. Doscientas libras es el peso que puede soportar mi Carlitos.

## VI.

Antonio llevaba ahora con la mas escrupulosa exactitud la correspondencia que estaba á su cargo, dejándose tambien seducir menos que antes por los placeres y distracciones que le proporcionaba su amigo Fink, y únicamente los domingos era cuando daba con él algun paseo á caballo, ó bien le acompañaba al tiro de pistola.

Pero en cambio se aprovechaba mucho mas que su amigo de la biblioteca que este habia puesto á su disposición. Despues de muchos esfuerzos, habia llegado á vencer los muchos obstáculos que le presentaba la pronunciación inglesa, y buscaba con avidez la ocasión de perfeccionarse con Fink, á quien la lengua de Shakespeare era muy familiar. Pero como este no guardaba regularidad en sus lecciones, Antonio se vió muy pronto obligado á recurrir á un maestro, si no mas hábil á lo menos mas arreglado.

Un dia que estaba sentado en el escritorio delante de su bufete, se abrió la puerta, y al levantar la cabeza, reconoció, con gran sorpresa de su parte, en la persona que entraba á su antiguo camarada de colegio en Ostran, Veitel Itzig. Hasta aquel dia le habia visto muy raras veces.

El aire descarado de este y el temor que le causaba el tono familiar que usaba con facilidad hasta permitirse tutearle, siempre le habia impulsado á desviar la vista, cuando desde lejos veia asomar, entre la multitud, la nariz de Veitel. Tambien se aumentó mucho mas su admiración, cuando á la pregunta de M. Specht: «¿Qué se os ofrece?» Veitel contestó con mucha cortesía que deseaba hablar á M. Wohlfart.

Antonio abandonó el bufete para bajar al despacho del almacén.

Veitel se dirigió á él en estos términos:

— Creo que todavía debeis conocerme, á pesar de haber pasado frecuentemente por mi lado sin saludarme.

— ¿Cómo os va, Itzig? preguntó Antonio con frialdad.

— No muy bien, contestó Itzig encogiéndose de hombros, se gana tan poco... Vengo á entregaros esta carta de M. Bernardo, el hijo de mi principal, y á preguntaros á qué hora podreis recibirle.

— ¿Yo? preguntó Antonio, tomando de las manos de Veitel una carta y una tarjeta.

La carta era del maestro de inglés de Antonio, que se dirigia á él para saber si le agradaria seguir un curso literario é histórico de los antiguos escritores ingleses con M. Ehrenthal hijo.

— ¿Dónde vive M. Bernardo Ehrenthal? preguntó Antonio.

— En la casa de su padre, contestó Veitel haciendo un gesto. Todo el dia está en casa pegado á los libros.

— Decid á M. Bernardo, prosiguió Antonio, que yo iré á verle.

— Está bien; adios, señor Antonio.

— Buenos dias, Itzig.

Antonio no estaba muy dispuesto á aceptar la proposición de su profesor de inglés. El nombre de Ehrenthal no gozaba de muy buena reputación en el escritorio de Schreter, y la visita de Itzig hacia mucho menos agradable la oferta.

Pero la manera enérgica con que Itzig se habia expresado de parte del hijo de su principal, y diferentes noticias favorables que habian llegado á sus oídos respecto á Bernardo, inclinaron á Antonio á tomar el ofrecimiento á lo menos en consideración. Trascurridos algunos dias, despues de cerrarse el escritorio, fué á casa de Ehrenthal, decidido á obrar segun la impresión que produjera en él el hijo del agente de negocios.

Al llegar á la puerta blanca, agitó el gran pomo de porcelana, y una indigesta criada le introdujo, sin poder aviso, en el cuarto del joven Ehrenthal. La habitación era larga y estrecha, guarnecida con muebles viejos y estantes ordinarios, encima de los cuales estaban colocados en monton y sin orden toda clase de libros.

Bernardo inclinado encima de los papeles, estaba sentado delante de un bufete, abismado de tal manera en el estudio, que no se apercibió de la presencia de Antonio hasta que este estuvo delante de él. Apresuradamente abrochó la levita ocultando la camisa y se adelantó hácia el desconocido, con esa falta de seguridad propia de los miopes cuando reciben una visita.

Antonio miró al hijo del agente con alguna curiosidad.

Los rasgos de su fisonomía eran finos y su aspecto delicado; su cabello era castaño oscuro y sus ojos grises tenían una expresión dulce y agradable.

Bernardo obligó á su huésped á tomar asiento en un pequeño sofá. Habiéndole instruido Antonio del objeto de su visita, Bernardo contestó que se conformaria en un todo con los deseos de M. Wohlfart. Y cuando á continuación preguntó cuál era el precio de las lecciones, quedó admirado oyendo decir á Bernardo:

— A fe mia, que en este momento no lo tengo presente; pero si quereis pagar lo mismo que yo la parte que os corresponda en las lecciones, voy en seguida á preguntárselo á papá.

Al oír esta respuesta, Antonio no pudo menos de preguntarle.

— ¿Acaso no trabajais en el escritorio de vuestro padre?

— De ninguna manera, contestó Bernardo; y añadió como para excusarse: He estudiado, pero como un joven de mi religion encuentra difícilmente acceso en las dependencias del gobierno, y puedo vivir en el seno de mi familia, limito mis ocupaciones á los libros.

Dirigiendo en seguida una mirada de cariño á sus estantes, se levantó y se acercó á su biblioteca como para presentarla á su huésped. Antonio leyó algunos de los títulos esculpidos con letras doradas en el lomo de los libros, y dijo inclinándose:

— Esta es demasiada sabiduría para mí.

Pertenecian estos á ediciones de obras escritas en lenguaje oriental.

Bernardo se sonrió.

— La lengua hebrea me ha facilitado el conocimiento de otras lenguas asiáticas. Hay un tipo tan particular de belleza en esos idiomas, como en la poesia de las edades pasadas. Tambien poseo algunos manuscritos, si teneis interés en verlos.

Abrió un cajon cerrado con llave, y sacó de él varios autógrafos de una forma extraña. Con los ojos brillantes de entusiasmo, llamó la atención de Antonio sobre el primer manuscrito encuadrado en tafetan verde, con adornos de arabescos de oro de un dibujo particular.

Cuando Antonio hubo mirado los caracteres del escrito, se vió obligado á confesar que no sabia descifrar á qué lengua pertenecia, lo que hizo sonreír á Bernardo.

— Está en árabe, pero efectivamente, este manuscrito es muy difícil descifrarlo. Mirad mi poeta favorito, Firdusi; no tengo mas que un fragmento de su poema manuscrito.

Antonio le dijo:

— Pero se necesita mucha erudición para entender todo eso.

— Querreis decir alguna paciencia, contestó Bernardo modestamente. El que tiene el sentimiento de lo bello, penetra muy pronto el misterio de que le revisitan los poetas de Oriente. Ahora me ocupo en traducir algunas poesias persas; si mas adelante teneis algun rato desocupado, y no os causa molestia, me tomaré la libertad de enseñaros una pequeña muestra.

Antonio, como persona bien educada, fué bastante atento para pedirle que lo leyera inmediatamente. En seguida el joven Ehrenthal tomó un papel de encima del bufete, y leyó rápidamente y con algun embarazo un ligero poema erótico.

Era una de las innumerables canciones en las que un bebedor filósofo compara á su amada con todas las cosas mas bellas del reino animal y vegetal, hasta con el sol, con los astros y otros cuerpos luminosos. En el conjunto habia interpolados algunos tiros dirigidos á los envidiosos y á los hipócritas.

Si nuestro buen Antonio estaba admirado de lo ordenado de la forma y lo rebuscado del estilo, no podia sin embargo dejarle de parecer muy cómico oír exclamar al lector:

— ¿No es verdad que esto es muy bello? Me refiero al pensamiento, porque conozco mi insuficiencia para reproducir en alemán las bellezas de esta obra maestra.

Al hablar de esta manera, tenia el aspecto de un hombre inspirado que bebe todos los dias cinco ó seis botellas de vino de Chiraz y que abraza todas las noches á su amada Suleika.

— Pero ¿es necesario beber para amar con delirio? dijo Antonio; creo que en nuestro pais no necesitamos el vino para eso.

— En nuestro pais la vida es muy prosaica, contestó Bernardo dejando gravemente el papel sobre la mesa.

— Yo creo que eso no es cierto, repuso Antonio con ardor. Yo conozco muy poco el mundo, pero veo sin embargo que nosotros tenemos sol y rosas, que gozamos en nuestra existencia, que se desarrollan grandes pasiones y que contemplamos las estrellas, de las que se ocupan igualmente nuestros poetas.

— El presente, respondió Bernardo con tono doctoral, es demasiado frío y monótono.

— Hé ahí lo que he leído ya varias veces en los libros; pero no comprendo la razón, y mas, no lo creo. Yo estoy seguro que el que no se halle bien con nuestro modo de vivir en Europa, estará mucho menos satisfecho en Teheran ó en Calcuta, si permanece allí algun tiempo. La existencia debe ser en aquellos paises mucho mas uniforme y mucho mas desagradable que entre nosotros. Esto es lo que he sacado en limpio de las historias de viajes que he leído. Lo que seduce al viajante es la novedad. Cuando uno se ha habituado á lo que le era nuevo al principio, estoy seguro que cambia muy pronto de opinion.

— ¡Cuán pobre es en impresiones vivas y grandes la

marcha regular y metódica de nuestra existencia civilizada! contestó Bernardo; y de esto debeis resentiros alguna vez en medio de vuestras diarias ocupaciones. ¡Qué insípido y monótono debe ser eso!

— Os engañais, exclamó Antonio con calor. No conozco nada tan interesante como los negocios. Vivimos en medio de un variado tejido cuyos numerosos hilos pasan por las manos de millares de hombres, y van al otro lado de los mares, de una parte del mundo á la otra. Todo lo que sirve para nuestro uso, todo lo que nos rodea, nos representa los mas notables acontecimientos del universo, el producto de la industria de los hombres, y esto esparce cierto encanto en nuestra existencia. Como tengo el convencimiento de que yo contribuyo con una parte aunque insignificante á este objeto, y que por medio del comercio los hombres mantienen constantes relaciones con sus semejantes, siento en mi alma y en mi conciencia la certitud de que mi trabajo no es estéril, y tambien encuentro en él un placer. Cuando pongo en la balanza un saco de café, me siento ligado por un hilo invisible á la hija del colono brasileño que ha cogido las habas y con el joven agricultor que le usa en su desayuno; cuando tengo en la mano un canuto de canela, por un lado se me representa el malayo que la prepara y embala, y por otro, una buena anciana de nuestro faubourg, que la ralla para perfumar con ella su papilla de arroz.

— Teneis una imaginación muy viva, y sois dichoso porque creéis que vuestro trabajo es útil. Pero lo que constituye el objeto real de la poesia, una vida rica en poderosas emociones y nobles hazañas, esto, no podreis menos de confesarlo, se encuentra raras veces en nuestro pais. Para esto, es necesario, como el poeta inglés, abandonar los paises civilizados, y marcharse á vivir entre los piratas.

— No, repuso Antonio con resolución. El negociante, en nuestro pais, atraviesa las mismas fases, sufre las mismas sensaciones, y ve, por lo menos, tan grandes cosas como el indio ó el caballero árabe; porque cuanto mayor es la esfera en que despliega su actividad, son mayores las relaciones con hombres con cuya felicidad ó desgracia simpatiza, y hasta llega á tener mas ocasión para experimentar grandes alegrías ó grandes dolores. Acordaos de esa rica casa de comercio que ha quebrado últimamente.

— Sí, me acuerdo. Ha sido una verdadera catástrofe.

— ¡Pues bien! Si hubiérais tenido una idea de la lucha que ha sufrido durante largo tiempo esa casa antes que descargara sobre ella la tempestad, y si hubiérais visto luego la sombría desesperación del negociante, el dolor de la familia, y la nobleza de la mujer, que para salvar el honor de su marido, sacrificó hasta el último escudo, no dirias que el corazón del negociante no puede sentirse agitado por grandes emociones y nobles sentimientos.

— Ya veo que sois comerciante de corazón, dijo Bernardo sonriendo, y casi debiera envidiaros esa pura alegría que os causa vuestro trabajo.

— Sí, respondió Antonio. El comerciante está sujeto á sufrir lecciones muy tristes. No le faltan contrariedades; sufre muchas vejaciones; pero el comercio descansa de tal manera en la probidad del prójimo y en la bondad de la naturaleza humana, que me ha causado admiración al entrar en el comercio. Un hombre honrado no puede pensar mal de la vida que llevamos, siempre encontrará comerciantes que hacen bellas y grandes cosas.

Bernardo que habia escuchado con la vista baja, miró de repente y en silencio por la ventana, y Antonio se apercibió de que se sentia embarazado y afligido. Al fin Bernardo se volvió y dijo con voz suplicante, interrumpiendo la conversacion:

— Señor Wohlfart, si os parece bien, vámonos en seguida á casa del profesor. Vive lejos de aquí y al aire libre hablaremos mas agradablemente.

Los dos jóvenes salieron de la casa sombría como si fueran conocidos antiguos. El dulce cefirillo de la tarde les hizo bien, y cuando al cabo de una hora se separaron, Bernardo dijo con abandono:

— Señor Wohlfart, si mi compañía no os incomoda, os ruego que vengais á verme alguna vez en vuestros ratos desocupados.

Antonio se lo ofreció porque los dos simpatizaban. Este estaba admirado de que el hijo de Ehrenthal tuviera tan poca afición al comercio, y Bernardo se contaba dichoso por haber encontrado alguien con quien poder hablar de muchas cosas que en otro tiempo no tenia con quien discutir.

Por la noche, Bernardo entró contento en la habitación donde se reunia la familia, y se colocó detrás de la silla de su hermana que estaba ocupada en estudiar en un soberbio piano de cola, un nuevo trozo de música que estaba en moda.

Habiéndola abrazado dulcemente su hermano, se volvió con presteza y dijo:

— Déjame Bernardo, tengo precisión de aprender esta pieza, porque el domingo hay gran *soirée* y me obligarán á tocar.

— Puedes estar segura de ello, dijo la madre cuando Bernardo se sentó silencioso en el sofá con un libro abierto en la mano. No hay reunión en la que no deesen oír á Rosalia; ¡Ah! Bernardo, ¡si pudieras decidirte á acompañarnos una vez al menos! Tú tienes mu-



cho talento, y sabermucho mas que todos nuestros conocidos. Ultimamente el catedrático de la universidad, Starke, ha hablado de tí haciendo muchos elogios, diciendo que un dia serás el orgullo de la sociedad sapiente. Causa gran placer á una madre poderse enorgullecer del mérito de sus hijos. ¿Por qué no vienes con nosotras á esa soirée? La concurrencia será tan escogida como puede serlo en nuestra poblacion.

— Tú sabes, madre mia, que no soy amigo de rozarme con gentes á quienes no conozco.

— Y yo, dijo el padre desde su aposento inmediato habiendo oido las últimas palabras de Bernardo, yo quiero que se deje á mi hijo en libertad de hacer lo que le parezca.

Rosalía, cansada de descifrar algunos conceptos difíciles, hacia precisamente una pausa.

M. Ehrenthal vestido con una ancha bata se reunió con la familia y continuó en estos términos:

(Se continuará.)

## Bellas Artes.

LA JÓVEN DEL COFRE-  
CILLO, PINTURA DEL  
TICIANO.

El célebre cuadro que aqui representamos formaba parte antes de la revolucion, de la preciosa galeria del duque de Orleans (Felipe-Igualdad), que fué vendida y diseminada por la Inglaterra. Este precioso lienzo, que pertenece actualmente al conde de Grey, está considerado como un retrato de la hija del Ticiano. Inspirándose en su hermosura, el ilustre artista veneciano retrató á su hija repetidas veces, ora con un cofrecillo de joyas en la mano, ora con una bandeja ó con un cesto de flores.

Sabido es que la hija del Ticiano se casó á la edad de veinte y cinco años con Cornelio Sarcinelli; pero en lo que hay variedad es en sus nombres, pues unos la llaman Lavinia, Giovanna, Cornelia, y otros Violante ó Flora. Ordinariamente con estos últimos nombres se reconoce la beldad veneciana que tan á menudo aparece en las pinturas del Ticiano. Sin embargo, si se recuerda por otra parte, que el pintor Palma Vecchio, amigo del Ticiano, tuvo tambien una hija llamada Violante, famosa por su hermosura, es permitido quedarse en duda: probablemente habrán confundido bajo una misma denominacion á dos personas distintas.

La facilidad con que se admiten y se perpetúan las falsas designaciones en la descripcion de los cuadros es extraordinaria, y sobre este punto se podria escribir una curiosa historia. Para no citar mas que un ejemplo ¿no es muy singular que durante tanto tiempo los aficionados mas distinguidos, y hasta los artistas hayan consentido en tomar por el retrato de la Fornarina la espléndida figura de la tribuna de Florencia, grabada con este mismo nombre por Rafael Morghen, no obstante las diferencias características entre las facciones de esta figura y los retratos de la Fornarina de las galerias del museo de Roma, y sobre todo que ha-

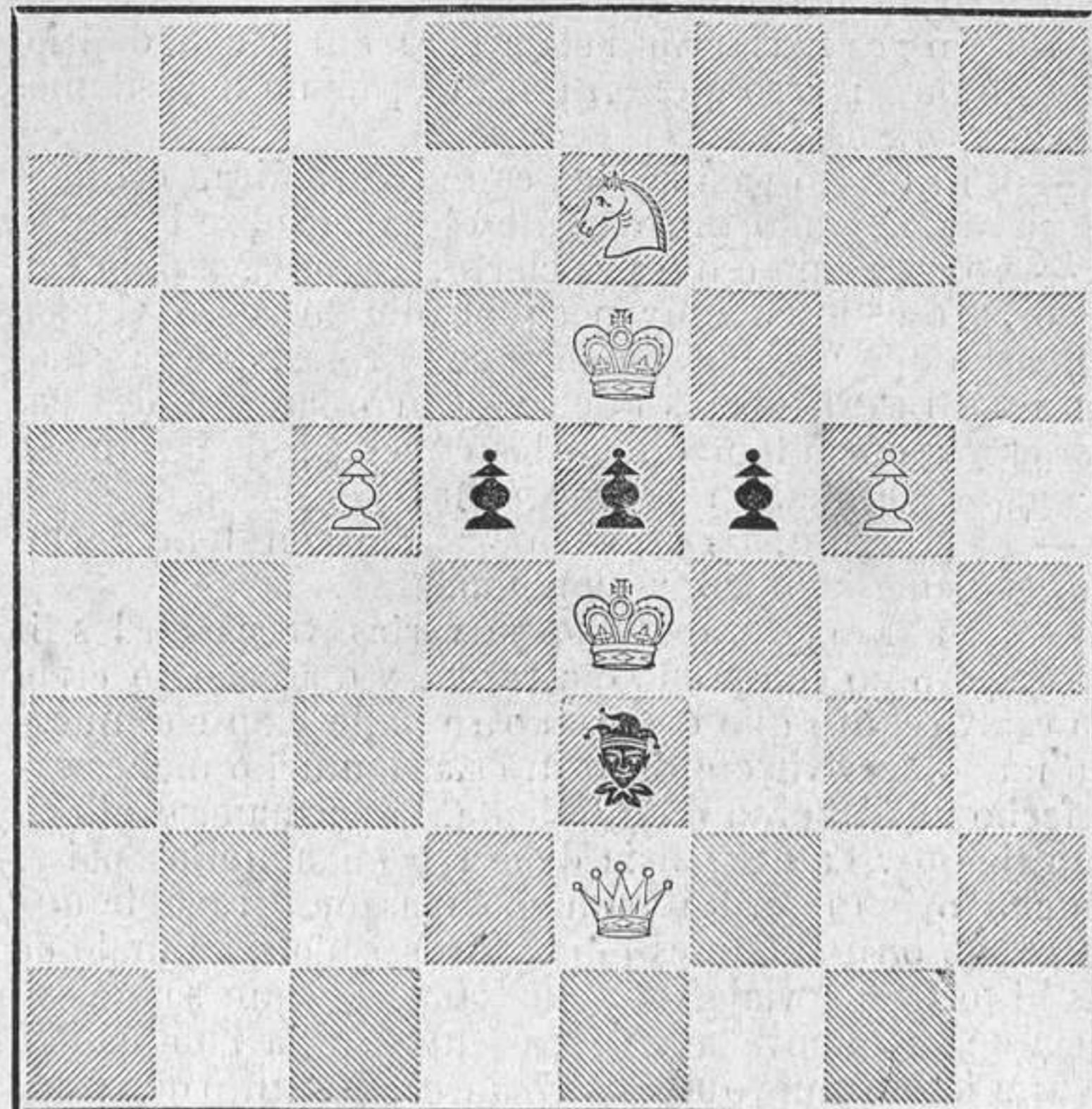


La jóven del Cofrecillo, llamada la Hija del Ticiano.

### Problemas de ajedrez. (1)

PROBLEMA NÚMERO 257, POR M. SAMUEL LOYD.

NEGRAS.



BLANCAS.

Las blancas dan jaque-mate en tres jugadas.

Al lado de las místicas contemplaciones, al lado de las austeras imágenes del cristianismo, hé aquí que se introduce otro culto que va á obtener las mas ardientes aspiraciones de los artistas. La divina superfluidad de este mundo que se llama BELLEZA, tal será en lo sucesivo el sueño eterno de sus deseos y adoraciones. Este culto interrumpido ó mas ó menos descuidado durante los tiempos de barbarie y durante la edad media y que la antigua Grecia concibió en su sencillez y en su grandeza ideal, ejerce una irresistible atraccion en los artistas modernos. Solo algunos sabrán contenerse en justos limites; pero los mas serán los hijos pródigos del culto. Los maestros venecianos particularmente descollarán en el arte de hechizar la vista, por lo regular sin hablar al corazon, ó sin elevar el pensamiento.

F. D. P.

(1) Solucion del número 256.

- |   |           |             |
|---|-----------|-------------|
| 1 | A 2ª TRª  | C 4ª R      |
| 2 | A 3ª R    | R 5ª CR     |
| 3 | Rª 5ª TRª | jaque-mate. |

Los Editores-Proprietarios responsables:

X. DE LASSALLE Y MELAN.

Paris. — Tipografia de A. Marc, 22, rue de Verneuil.

yan atribuido esta pintura á Rafael, no obstante el carácter del colorido y el modo de ejecucion que desde luego habrian debido inspirar dudas? Pues á pesar de todo, el error ha echado raices.

En cuanto al retrato que nuestro grabado reproduce, debemos atenernos á la tradicion que le tiene por el de la hija del Ticiano: la cabeza de esa rubia beldad respira la animacion y la vida. Al través de la fria traduccion del grabador, se distinguen señales del sistema que adoptó en sus retratos el pintor, sistema que consistia en acentuar particularmente los ojos, la nariz y la boca, y en modelar menos los demás detalles á fin de dar efecto á sus cabezas.

Mientras se admira esta graciosa composicion le sorprende á uno algun tanto la futilidad del motivo. ¿Con cuánta rapidez penetró el sensualismo en el arte veneciano! Apenas hacia algunos años que habia podido desprenderse de la rigidez y de la monotonía litúrgica de los bizantinos. Quizás en el momento en que el Ticiano pintaba esta jóven del cofrecillo, Juan Bellin, Cima del Conegliano concluyen algunas de sus suaves y frias mado-nas, inmóviles en sus tronos de mármol; los Zucatti terminan sus serenos mosaicos en la basilica de San Marcos... y al lado de ese arte religioso, hé aquí que se produce un arte mundano sin otra ley que su capri-cho.